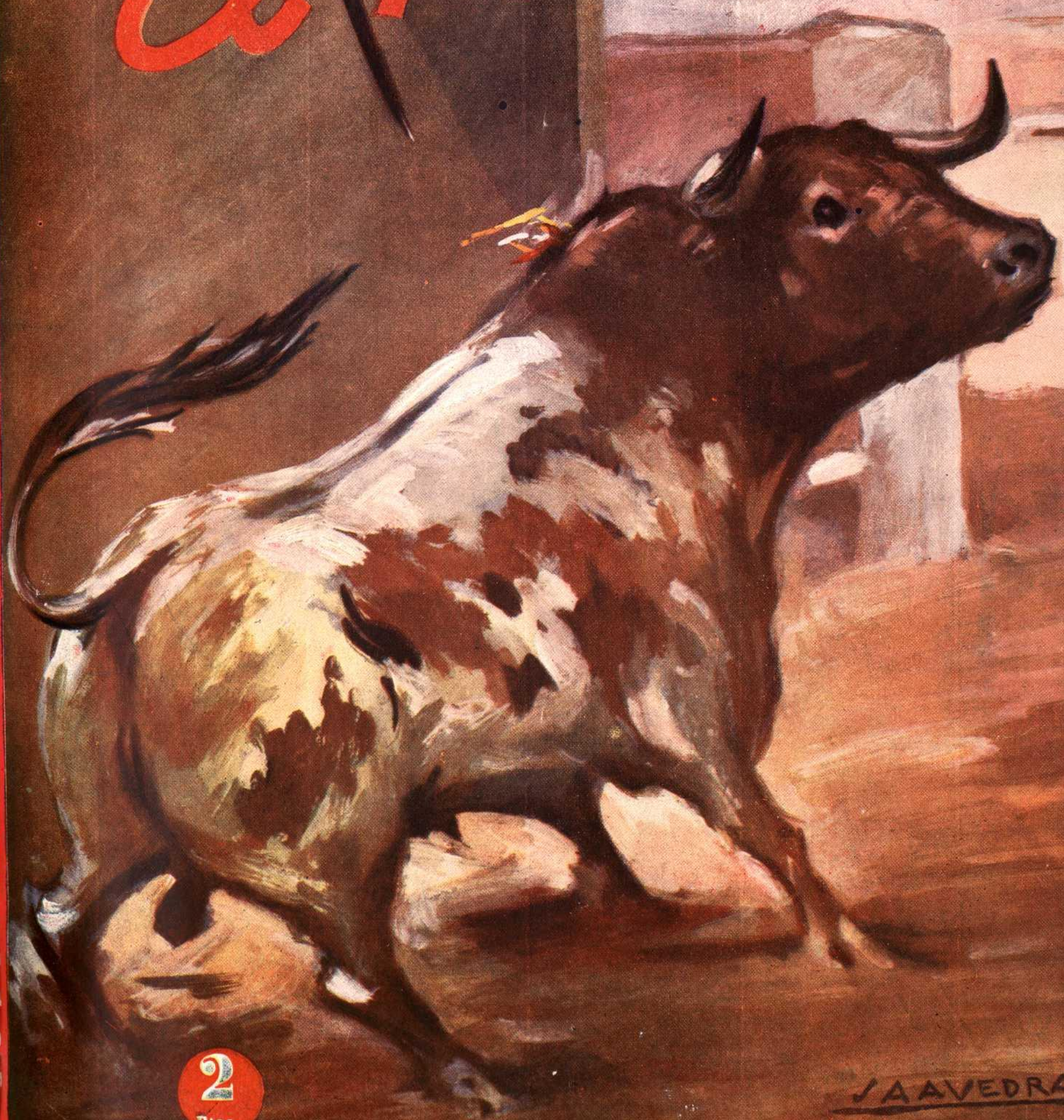


El Ruedo



2
Ptas.

JAAVEDRA



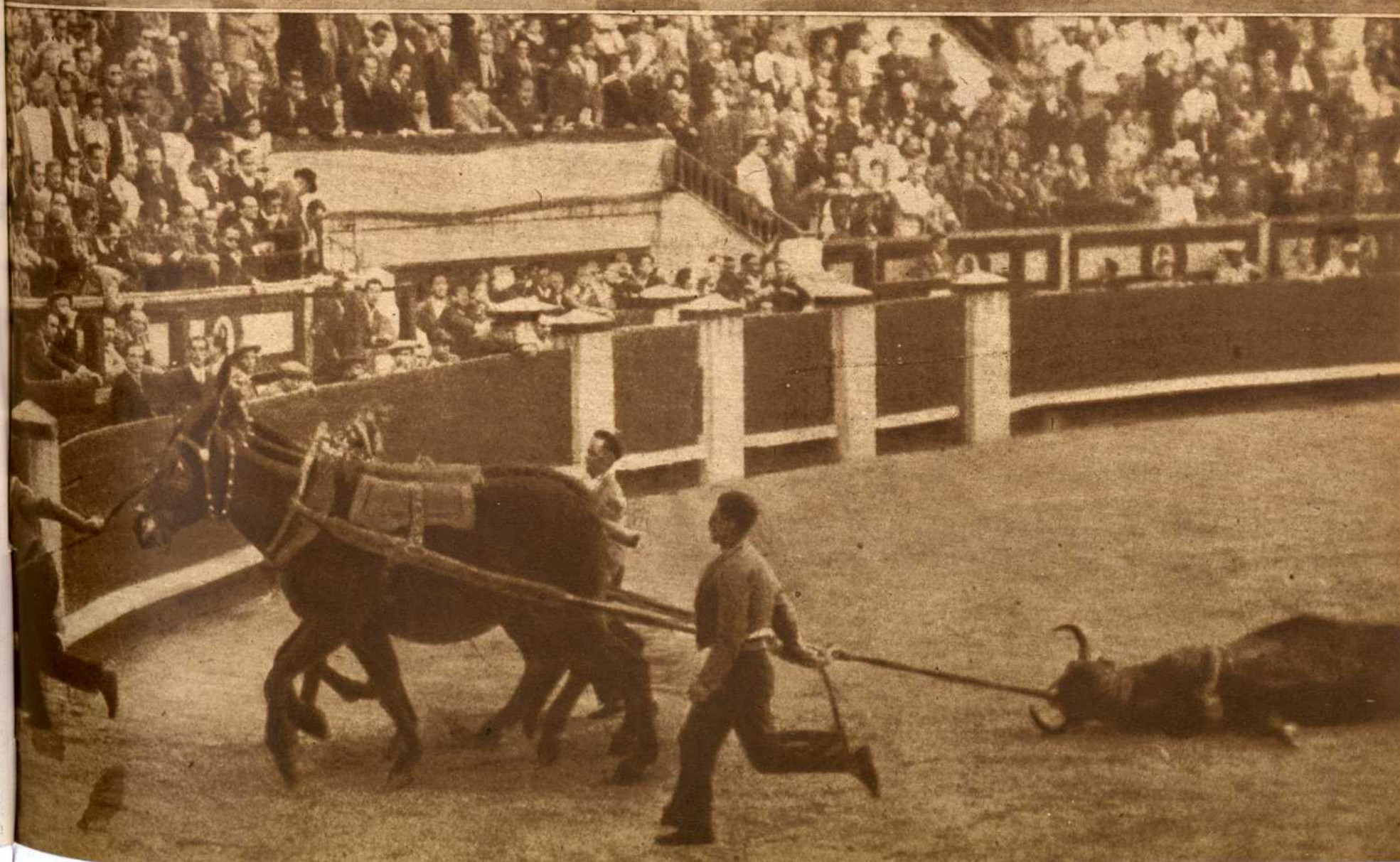
El fenómeno del barrio
(Dibujo de Enrique Segura)



FERMIN RIVERA, RAFAEL ALBAICIN y EL CHONI, triunfadores el domingo en la Plaza de Las Ventas, y el cuarto toro, al que se le dió la vuelta al ruedo

(AMPLIA INFORMACION EN LAS PAGINAS 4 Y 5)

(Fotos Baldomero)



EL LAPIZ EN LOS TOROS

DE LA CORRIDA DEL DOMINGO EN MADRID

Por ANTONIO CASERO



Dos momentos de Choni en su primer toro, en el que triunfó plenamente



Una pinturería de Albaicín y la cogida del mismo al matar superiormente a su segundo toro



Fermin Rivera en el toro que cerró plaza

ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



SEA el que sea el resultado que haya obtenido la Asociación de la Prensa en la organización de su tradicional corrida de toros, que a estas horas estará a punto de celebrarse, son evidentes las extraordinarias dificultades que en la actualidad ofrecen los asuntos taurinos. Nunca consideré fácil la cosa. A través de libros y revistas de otras épocas, se deduce la existencia de encontrados intereses, de rivalidades artísticas y de ambiciones económicas que convertían en ardua y casi insuperable la tarea de ofrecer un cartel de postín con fines benéficos en la Plaza madrileña.

Cuando las cuadrillas hacen el paseo en una de estas corridas benéficas, con la Plaza engalanada, ante un público esperanzado en el precio que pagó por su entrada y en el tronío del espectáculo que va a presenciar, se ignoran en absoluto los sinsabores, trabajos y amarguras que dejaron atrás los organizadores. Algo, sin embargo, se barruntaba e incluso era objeto de comentarios; pero lo que esta corrida nos ha enseñado a todos, lo que ha dado que hablar y lo que dará, rebasa los límites de todas las suposiciones posibles.

La Prensa, denominada como «el cuarto poder», no tiene, al menos en materia taurina, fuerza alguna. Esta es una verdad que los aficionados ignoraban; pero que ahora sabrán para siempre. No importa, al parecer, que exista EL RUEDO, en el que se cantó la fama de éste o aquél diestro, y que los periódicos y revistas en general se ocupen de ellos con benevolencia y desinterés jamás agradecidos. No importa nada. Ellos se hacen famosos con su arte y con su esfuerzo; pero nosotros —la Prensa—, lo proclamamos en la seguridad de que sin nuestro eco no serían nada, absolutamente nada. Ellos, y el público lo saben, y, sin embargo, cuando nos llega la hora de organizar nuestra corrida, encontramos las mismas y aun más dificultades que cualquier Empresa.

Ellos hablan con fingida emoción: «¡Cuente conmigo!», dicen. Pero después vienen los peros: «No; este ganado, no», o «Estos compañeros, en modo alguno», o «Este día, de ninguna manera», u otras pegas tales que al final resulta que aquel incondicional «¡cuente conmigo!» se transforma en un rotundo «No me da la gana de torear para ustedes».

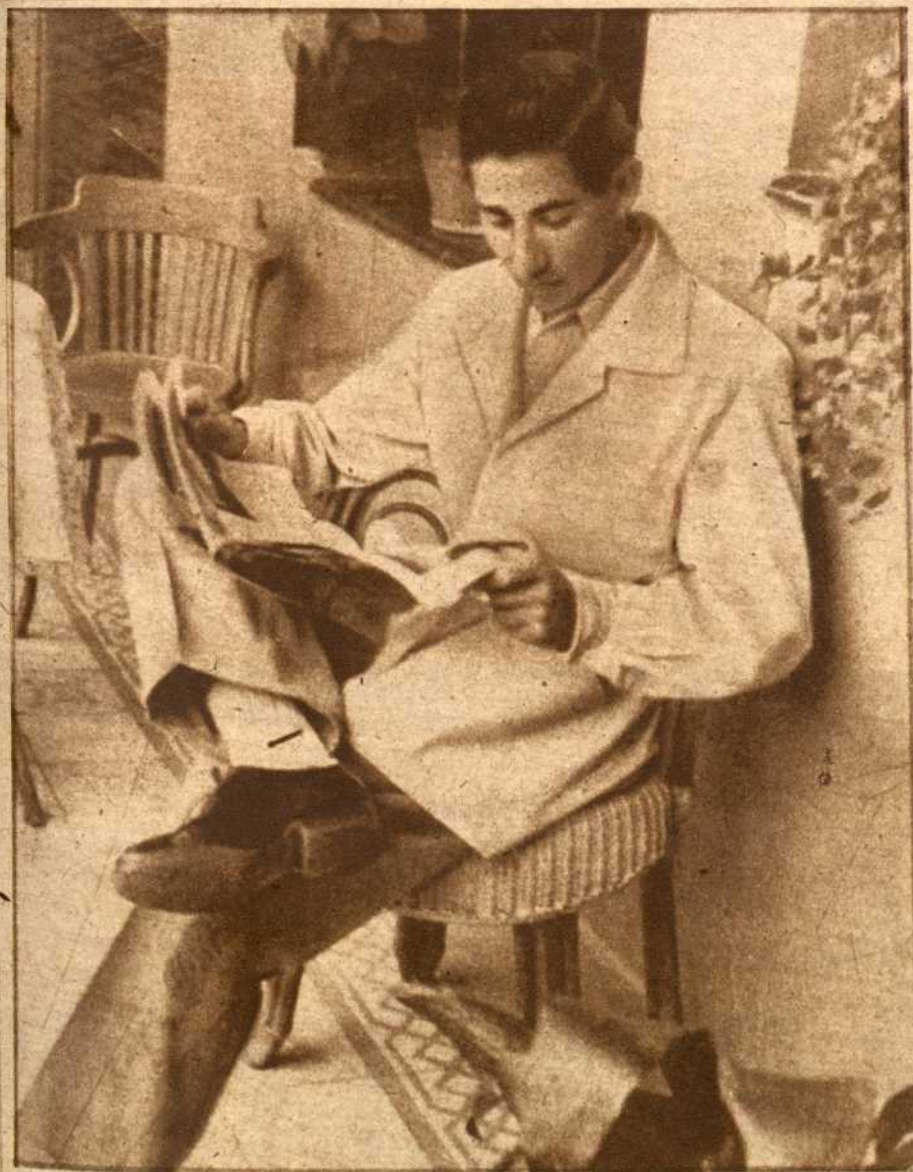
Y todo esto acontece mientras el público supone que un periodista, y sobre todo si es taurino, sólo tiene que abrir la boca para obtener el beneplácito de diestros, ganaderos y arrendatarios de Plazas. Pero esto es una absoluta falsedad que quiero proclamar en esta revista, y precisamente en estas columnas.

Para ir contra tanto insuperable «pero», nos queda un recurso muchísimo más eficaz que el seguido hasta ahora, y que es el mismo que un día aconsejamos al público: «el silencio». De nada serviría a ningún diestro, por excelente y famoso que fuera, cortar rabos y orejas en Zafra o en Villanueva del Arzobispo si al día siguiente la Radio y la Prensa se mostrasen ignorantes de la hazaña.

Este es nuestro eficaz camino. Un día escuché a un famoso diestro que la Prensa da cornadas. Dudé; pero él casi llegó a demostrármelo, y ahora pienso que si no da cornadas da fama y que está en nuestras manos no darla. Si tal hiciéramos, con el silencio, veríamos seguramente agolparse en los despachos de nuestra Asociación a poderdantes y apoderados que hasta ahora no han sabido corresponder a nuestra generosidad y a nuestro interés.

Para otro año los aguardamos.

Año II — Madrid, 4 de octubre de 1945 — Núm. 67



PRESENTACION DE VELAZQUEZ EN LA CORRIDA DE LA PRENSA

El diestro mejicano Antonio Velázquez, que esta tarde se presenta en el ruedo madrileño, en la corrida benéfica de la Prensa madrileña, leyendo EL RUEDO, en la víspera de la corrida (Fot. Manzano)

(Información gráfica y literaria en la página 17)

La corrida del domingo en MADRID



Un novillo de Sánchez Fabrés y seis toros de Carlos Núñez para Murteira Correia, Fermín Rivera, Albaicín y El Choni

LA SEMANA EN LAS VENTAS

¡QUE SE VAYAN!

Por EL CACHETERO

ESTO es lo que se quería demostrar la semana pasada: Que los tres famosos, etcétera, como les llama un compañero, el admirado «Barico», pueden marcharse adonde se les antoje, incluida su casa y la Unión Sudafricana, sin que los toros se resentan en un ápice, y aun diré que con sus puntas y ribetes de redención. La fuga de los etcétera y satélites ha permitido a la afición de Madrid presenciar la mejor corrida de la temporada. En primer lugar, ha permitido que haya toros, una bravísima corrida de toros en la arena, y no los sucedáneos tristes que lleva aparejada, fatalmente, su presencia, rogada, cobrada a peso de diamantes, alquitirada en una serie de claudicaciones y abusos, en donde se evapora la esencia de la fiesta, la majeza, el riesgo y la fortuna, que sonríe con preferencia a los valientes y no a los traficantes de la fiesta.

A la verdad, en cuanto se ha sabido que los mandones del toreo iban a faltar, a seguir faltando, mejor, de la Plaza de Madrid, se ha roto la jettatura o gafancia que pesaba sobre sus corridas, y un soplo de aire fresco nos ha oreado a todos. El domingo, repetimos, vimos la mejor corrida del año, y para que quede constancia de su cartel, hay que añadir que a la magnífica corrida de don Carlos Núñez — un aplauso para el ganadero gaditano — la torearon, en olor de triunfo, Fermín Rivera, El Albaicín y El Choni. Todos cortaron orejas, y en un subido rasgo, una tarde, en que muchas cosas de la fiesta de toros se nos devolvieron, a trueque de echar por la borda una serie de estupideces preciosistas, que están convirtiendo el toreo en un paso de minué bailado por boleristas. Hubo momentos cumbres, un quite del Choni, una faena de muleta del valenciano; la faena de Rivera en el sexto, en que recordó como el corazón lidia; el tercio de quites, en que Albaicín y el mejicano, en cinco ocasiones prietas, emuladas, sin tiempo para el respiro, pusieron a la gente en pie por minutos enteros. Una corrida de la que se hablará tiempo; clara como una acusación fiscal, honda como una radiografía de los fugados de Madrid.

Y ya saben ustedes, que los tres famosos etcétera han desertado, contra lo contratado, incluso de la corrida de la Asociación de la Prensa. Ya no sólo huyen la Plaza, sino hasta ese asomarse a ella, arrojados por unos sueldos «benéficos» con que estos últimos años venían sustituyendo tramposamente los deberes de su rango o del rango que pretenden. Artísticamente, es para alegrarse, y ahí está el domingo pasado como ejemplo. Sustituir una corrida de fenómenos con una corrida de toreros es cosa que a mí, enemigo acérrimo del extraordinarismo, me complace mucho. Ahí están Velázquez, el mejicano, ganador de la Oreja de Oro en la tierra de Arzuza; Pepín Martín Vázquez, el gran artista de la escuela sevillana, y el gitano Albaicín, que si echan la cosa a preciosismos y gracia, pueden abastecer ampliamente a los tres tráfugas juntos, dispuestos a torrear para que la Asociación no se quede sin corrida. La Asociación en donde están representados intereses vitales de unos profesionales que han contribuido con exceso — a lo mejor entonan ahora el *mea culpa* — a la hinchazón monstruosa de los tres famosos etcétera. Lo cierto es que Manolete y Arzuza se han negado a torrear. Que Ortega se ha salido con un pretexto que la convierte en el primer manoleteísta o arrucista, en el primer colaboracionista o necesitado del apoyo de su presencia. Y ahí están tres toreros para torrear, que libres del fantasma y gafe de la presencia perennemente regateada, tienen andado medio camino para el triunfo. Como el que lograron los matadores y el ganadero de domingo pasado. Amén memoria de elefante, y ¡viví Mosquera!



El rejoneador lusitano, Murteira Correia, en un momento de su actuación, el domingo en las Ventas



Murteira Correia, en un gran par de banderillas al primer bicho que se lidió el domingo



Fermín Rivera, apretándose en un lance



El Choni, que cortó la oreja, dando la vuelta al ruedo



Media verónica templadísima de Rafael Albaicín



El mejicano Fermín Rivera, en la faena de su primero toreando por naturales



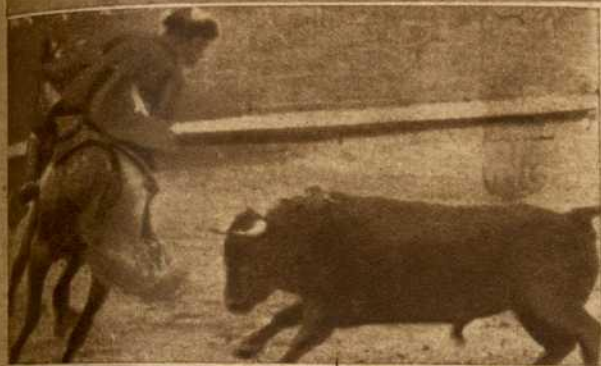
Un adorno pinturero del Albaicín, durante la faena de muleta a su segundo



El Choni, pasándose el toro, en la gran faena que hizo a su primero

DESPUES DE LA CORRIDA

"El torito de Fabrés sólo hizo cosas buenas al salir", --dijo Murteira
 "Añoraré siempre la corrida de hoy", --afirmó Rivera
 "Me he llevado la sensación de que el pitón me había caído", --exclamó Albaicín
 "Salgo contento, pero no del todo", comentó El Choni



Correía, adornándose con el caballo

dome platicando con el valenciano, entró en la enfermería un confuso tropel portando el cuerpo inánime, al parecer, de Albaicín.

Por fortuna, pronto se comprobó carecía la aparatosa cogida de importancia. Y el gitano, ya vuelto en sí, fué trasladado a una cama para que se fuera recobrando del todo.

—¿Cómo estás, amigo?—dijo, al ver a su compañero.

El Choni, a su vez, le inquirió detalles del percance.

—El toro era muy soso, extremadamente soso, sin alegría ni arranques decididos. Le entré a matar muy decidido, y, ya fuera de la suerte, me cogió.

—Si llega a meterse el cuerno donde te dió el pitonazo, la cosa hubiera sido muy seria—dice el doctor Jiménez Guinea.

—Pues el susto nadie me lo quita, porque yo me llevé la sensación de que me había caído a placer.

Y dirigiéndose a mí, prosigue Rafael:

—Estoy contento de mi esfuerzo; pero sigo sin haber conseguido esa tarde de alboroto que vengo rondando desde hace dos temporadas.

EL CHONI

Después de ser curado, Jaime, vestido con el traje de faena y tapado hombros y espalda con una manta, hubo de esperar algún tiempo hasta la llegada del «taxi» que había de conducirlo al hotel.

La herida le molestaba bastante, y el torero, después de probar varias posturas, empezó a medir a grandes pasos la longitud de la enfermería.

—¿Cuántas corridas lleva toreadas?

—Le pregunté.

—Esta de hoy hace la treinta y una, tres, en Madrid.

—¿Y cómo habiendo en dos cortado orejas le vemos tan poco los madrileños?

Su apoderado, que acaba de entrar, responde por el torero:

—La causa de ese enigma no es otra que la de ser El Choni un torero ajeno a las recomendaciones, tan al uso, por desgracia. Y así, toreros con tardes grises, o francamente malas, surgen en carteles con harta frecuencia.

—Por mi parte—dice el torero—, me marché contento, aunque más lo estaría si hubiera podido estar en la Plaza para cortar las orejas del toro castaño.

Nos interrumpe la presencia del laudador general Millán Astray, que viene a felicitar al matador. Y, a continuación, se desarrolló la aparatosa llegada de Albaicín, que de nuevo puso en movimiento a los facultativos.

F. MENDO

BANDERILLAS DE FUEGO

Por ALFREDO MARQUERIE



Murteira

Las zonas vacías de los tendidos es como si estuvieran segadas y baldadas de público. Dan ganas de decir: «¡Aquel calvero del 5...!»

Los rezagados entran deslizándose como equilibristas y con el aire de escapar de ser atrapados entre las puertas medio cerradas.

¿Por qué el Albaicín hace el paseo destocado? ¿Por no estrecharse las ondas...?

Mientras el rejoneador luce su jaca negra con adornos blancos que son casi una diadema nupcial, los matadores respiran tranquilos entre barreras.

Este prólogo les sosiega los nervios y les da margen para saludar a los amigos.

—Ninguno de estos novilleros que matan el toro de rejones puede dejar de dar un inclineto—dice Diego Jalón—. Y es verdad. Parece como si se lo exigieran en los contratos.

Fermín Rivera, con la cara y el traje manchados de sangre de toro, tiene coraje y dominio de gran torero. Pero no comprendemos por qué no quiso salir a saludar cuando el público lo pedía. ¿Por qué se enfadó? ¿Porque no le dieron la oreja en su primero o porque dieron al toro la vuelta al ruedo? En ambos casos carecía de razón.



F. Rivera

El segundo toro de lidia ordinaria dió muy buen juego, pero parecía estar hecho a pedazos. Y un espectador comentó, certteramente: «Es que está reconstruido».

El Albaicín sufrió una cogida psicológica—además del golpe, claro está—. Y dió en todo instante esa sensación de fragilidad maravillosa de «pluma al viento», de débil fortaleza de toro con pauta musical que es su gran secreto.

Quando los picadores caen de pie y se tambalean, parecen muñecos mecánicos a los que se les acabara la cuerda.

El Choni buscaba a un espectador para brindarle. Y no lo encontraba. Limosneaba una figura al borde de la barrera, con la montera en la mano. Y al fin dió su brindis al viento.

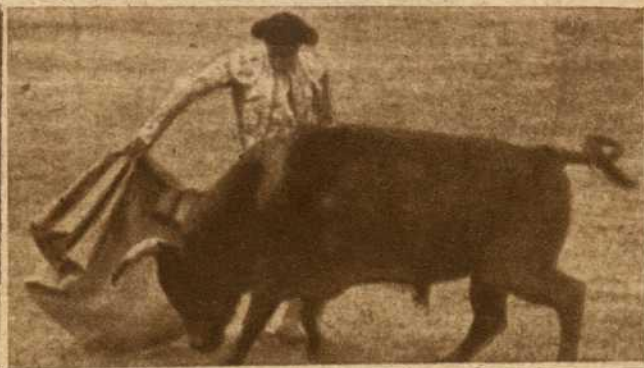
Quando la muleta se queda en el asta del toro y el matador la recoge, es como si tomara un paraguas rojo de un perchero.



El Choni



Fermín Rivera, ciñéndose en un formidable quite de frente por detrás



Rafael Albaicín, toreado de capa, con su estilo inimitable



Un apretado lance de capa de El Choni (Fotos. Baldomero)

MURTEIRA

Esta vez la cohorte de amigos no ha hecho todavía su aparición, y, por tanto, el portugués no cuenta con más compañía que la del mozo.

Me ofrece el caballista el único asiento disponible, y, acomodado él sobre el lecho, comienza:

—Era mucho pedir a la suerte buen ganado en dos corridas tan seguidas! El torito de Sánchez Fabrés fué excelente de salida, pero en seguida derivó a peor.

Derrotaba alto, y lejos de humillar, acentuó el defecto. De aquí que los rejones no quedaron todos clavados con la perfección deseada.

He quedado insatisfecho de mi labor, y ardo en deseos por actuar de nuevo ante el público de Madrid.

RIVERA

Aquí el panorama del escenario de la breve charla es muy distinto. Familiares y admiradores de Fermín llenan el aposento, sin dar tregua a los comentarios entusiásticos. La esposa del torero hace con gran gentileza los honores de la casa, desviándose por atender a todos.

Procuro aislar un poco al torero del corro amical, y Rivera empuña un tanto su alegría al tiempo que dice:

—Ha sido la corrida donde más contrarios sentimientos he experimentado. En mis dos primeros toros me llegué a gustar, y hasta creí llegar a concederme alguna oreja, sobre todo en el segundo astado. A éste, desde su salida de los chiqueros hasta la estocada final, entendí haberle hecho cuanto sabía. Cuando lo arrastraban, y ante aquel público que no acababa de entregarse, yo sentí una sensación de angustiosa desesperanza.

Pero salió el sexto, y, en mi deseo de vencer las reservas del respetable, me entregué de nuevo plenamente. Entonces fué cuando el público—este público de Madrid, tan temido y querido a un tiempo—se sintió justiciero, y trocando su pasada severidad en desbordante entusiasmo, me aplaudió, no sólo por lo que estaba realizando, sino también por lo que antes había parecido no tomar en cuenta.

Y con las dos orejas y la salida en hombros he contraído otra deuda de gratitud imperecedera. La tarde de hoy la añoraré siempre, porque me parecerá mejor que cualquier otra futura.

ALBAICIN

Acababan de practicarle al Choni la primera cura, y, hallán-

AL MEDIO SIGLITO LARGO

RECUERDOS VIEJOS

Por JOSE CARLOS DE LUNA

EN el portal del número 12 de la Carrera de San Jerónimo se apelotonaba un gentío cogarrado y triston, integrado por personas, personalidades y personillas de todas las clases sociales. Por la escalera, de crujiertes peldaños, subía y bajaba disciplinadamente el homiguero humano; de par en par el portón del piso segundo, y también reboscaba la antesala con muebles de rejilla, un gran espejo en marco dorado y el perchero de bambú.

El ajeteo, silencioso y serio, semejaba un duelo, y, sin embargo, ningún transeúnte pre-unta, en la calle, quién es el difunto, porque todo Madrid, y España entera, conocen la causa del triste desfile. Agonizaba para la afición un gran torero, y la pena era justificada y protocolaria.

Aquella tarde del jueves 1 de junio de 1893 se retiraba de la profesión Rafael Molina (Laqartijo), Califa por garbo, generosidad y prestancia, y Séneca por su filosofía sentenciosa, aliñada, como las aceitunas de la campaña cordobesa, con sal y un ramito de icu-el y tomillo.

Laqartijo estaba sentado en una butaca. Morena la tez, cariñoso el semblante y luciendo, caída sobre la espalda, la pequesísima coleta, entremezclada de pelos castaños y blancos —más de éstos—, y ostentando al cuello una cadena de oro, pendiente de la cual lleva una medalla de su Patrón San Rafael y otra de la Virgen del Pilar, que no abandona nunca.

Tardo de expresión, no por torpeza mental, sino por comedimiento, contesta a los saludos de sus visitantes con una sonrisa que ni él mismo sabe si es alegre o triste. Víctima de la Empresa, rubricó el último contrato alucinado por su amor propio, y no ciego de inconsciente vanidad, como sus detractores le achacaron.

Seis toros para él solo, del duque de Veragua. ¡Mucha tela que cortar con las mismas tijerillas que ya amagaban a su coleta canal!

Madrid se relemía, y la reventata explotaba la morbosa curiosidad con los procedimientos que llegaron incólumes a nuestros días: ¡seis durazos —de los buenos— llegó a valer una simple entrada de sombra!

Laqartijo afrontó aquella tarde la fiscalización de un público en su mayoría frecuentista, encerrándose, ¡a los veintiocho años de matador de toros!, con seis para él solito. Buena siembra de pundonor y vergüenza torera, doblemente generosa porque no podía esperarse de ella granazón prieta y cumplida!

Es un diario de la mañana, así decía el revisero que firmó con el seudónimo El Tío Capa: «La retirada de un artista de importancia en el arte que cultiva se considera siempre como un acontecimiento desgraciado, y mucho más lo es en estos momentos para el de matar toros, hoy que los públicos van perdiendo su afición y carácter y echando a barato la seriedad que antes presidía en las corridas.»

Puso el dedo en la llaga El Tío Capa, ajeno a la ilimitación profética de lo que lamentaba. Si hoy, al medio siglito largo, tirara de lápiz para enhebrar críticas, ¿qué cosas se le ocurrirían a El Tío Capa?

No quiso Dios que la tormenta que amenazó, a las tres de aquella memorable tarde, se formalizara, y la corrida se celebró con el imponente lleno que ambicionaba la Empresa y la escasa brillantez que era de presumir tan pronto rompió plaza el primer veraqueño, bravo y mansurrón.

Al aire la cabeza, casi blanca, y afuera el pecho generoso; así saludó Laqartijo al presidente, que le era nada menos que don Federico Rubio: «Brindo por usía, por su acompañamiento y por el público de Madrid, a quien toa mi vía le estaré agradecido.»

No le valió a Rafael la línea con que brindaba a España, desde la Plaza de su capital, aquel estuoso, desproporcionado a sus muchos años. Mató sus seis toros sin aliculparse con el público —como ahora ocurre harto frecuentemente— de la mala calidad de la mercancía que le facturaron, y en landó cerrado, entre tres parejas de la Guardia Civil a caballo, regresó a su pisito de la Carrera de San Jerónimo, y, aprisa, hizo el equipaje para coger aquella misma noche el tren de Córdoba.

Explicaré la razón de exhumar estos recuerdos, leídos y escuchados, naturalmente.

Entre los papeles de un viejo veterinario, que por entonces estudiaba la carrera, entregó su hijo —buen amigo mío— esta nota, que me envía y transcribo. Dice así: «Por encargo de don Francisco Romero Robledo, pedí a Federico Usara la nota de los toros que mató anteaer Laqartijo en su despedida. Pesaron a la canal entre 23 y 32 arrobas; eran sacudidos de carnes, y el lidiado en cuarto lugar, que atropelló a Rafael y que fué el de más romana y muy velete y abierto de cuerna, tenía un pajaco en el ojo izquierdo y estuvo padeciendo tres años...»

¿Qué edad tenía el toraco reparado?

¡Cálculense, por lo menos, seis años y la hierba de aquella primavera.

Ni la corrida, dura, bronca y mansurrón; ni la vejez del maestro, tantas veces triunfador, impidieron la justificación de las tres parejas de la Benemérita, que lo ampararon de las iras del respetable. ¡Por la puerta del patio de caballos, y de tan humillante manera, abandonó la profesión el que todavía, cuando de él hablan los que lo leen desenojarse en ella, nos parece poco a los que escuchamos las monumentales proporciones de la madrileñísima Puerta de Alcalá!

Pensar que desde entonces ¡hasta Don Tancredo ha salido a hombros y por la puerta grande de la Plaza de Toros de la capital de España!

E F E M É R I D E S

DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNÁNDEZ PETIT

OCTUBRE

3

MIERCOLES

MUSICA! piden clamorosos en provincias los espectadores, cuando el matador de turno va a banderillar o cuando tiene una actuación lucida con la multa. En Madrid, no. ¿Por qué? Quizá una de las causas sea que han caído en ceso las deferencias que para con las bandas de música tenían los matadores. Así, por ejemplo, el 3 de octubre de 1909, Regaterín brindó la muerte de uno de sus toros a la banda de Galicia, y nada de particular tiene que, en justa reciprocidad, sus integrantes desearan acompañarle, a su modo, en aquella faena mulsteril. Ya ¡no "soplan"!

Pasemos ahora al 4 de octubre de 1924. En esta fecha se presentaron a cobrar Sánchez Mejía y Lalanda sus honorarios correspondientes por haber actuado días antes en Logroño en una corrida a beneficio del Montepío de Toreros. Ante el cajero, Ignacio y Marcial contestaron, respectivamente: «Ya sabe, diez mil y siete mil pesetas.» Aquel hizo entonces la pregunta de ritual: «¿Quiéren dejar algún donativo para el Montepío?» Mejía, inmediatamente, dió sus diez mil pesetas, y Marcial, las siete mil que le acababan de entregar. En aquellos tiempos se decía cuánto se cobraba, para, voluntaria y simultáneamente, dar a conocer cuánto se entregaba a la benemérita Asociación.

A las tres en punto comenzó la 18.ª corrida de abono, "verificada" el 5 de octubre de 1890. Grajito se llamaba el cuarto toro, que más que toro parecía el palacio de la Equitativa con cuernos, según escribió "El Barquero". Un ¡oh! de admiración acogió la salida de aquel monstruo negro y cornalón disparatadamente, con el que soñaría hasta sus últimos días don Luis Mazzantini. Las caídas en varas fueron seis, "pero colosales e imposibles de describir". Mazzantini punto negro en su afortunada vida taurómaca—vio salir los cabestros, y, pese a la hora temprana en que comenzó la corrida, la estocada al último toro no se pudo distinguir por ser de noche. ¡Para que muchas veces nos sirva de consuelo!

Anticipándose a la fecha del 6 de octubre, felicito desde EL RUEDO al admirable y admirado escritor don Bruno del Amo, "Recortes", a la par que agradezco sus sabios consejos y la deferencia de poner a mi disposición, para que de ellos haga uso en beneficio de los lectores de EL RUEDO, cuantos escritos trazó su ágil y docta pluma.

Y con "Los Toros" de 1909 a la vista rendiré mi tributo admirativo hacia el valor de que fué poseedor Domingo del Campo, muerto por el toro Desertor, de Mura, cuando tan sólo contaba el torero veintisiete años de edad, el día 7 de octubre de 1900. El asesino tenía marcado el número 133, y era negro mearno y apretado de cuerna. Resentido de un puyazo de Morano, huyó tan ciego, que Dominguín, sin poder ni extender el capote, apenas se enteró de la gravísima cornada en la región inguinal, de resultas de la cual falleció a las diez menos cuarto de aquella misma noche, después de ejercer, dos años su profesión y de haber estroqueado, en total, 120 toros.

8 de octubre de 1925. Toda una plana de "A B C" ocupaba el suceso que conmovió a España entera: la muerte de Nacional II en Soria. Cuatro días antes, cuando este diestro presenciaba la corrida desde una barrera, un espectador, valiéndose del anónimo, ofendió a la madre de uno de sus compañeros que en el ruedo actuaba. Nacional II, que toda su vida profesional sintió la noble "monomanía del quite", valiente e impetuoso, salió en defensa de su compañero y recibió un botellazo, de resultas del cual falleció dos días después. En aquella época, Nacional era el que tenía más partidarios en la afición. La Prensa de Soria propuso la demolición de la Plaza, y los toreros españoles, en junta general, acordaron declararla el veto. Nacional II fué el creador de aquellas verónicas a las que se dió el nombre de "puente trágico". Había tomado la alternativa el 21 de septiembre de 1921 en Oviedo, y en Madrid, el 25 de septiembre de aquel mismo año.

Pero —a rey muerto, rey puesto— el día 9 cedía la noticia en sus dimensiones e interés en honor de don Juan Belmonte, quien, la víspera, había dado todo un curso extraordinario de tauromaquia en la Plaza madrileña Recordaba ese gran ingenio español que es Eduardo Palaco Valdés los versos de "Sobaquillo":

Aquello no fué torear,
fué otra cosa:
fué explicar con la roja percalina
todo un curso de estética taurina.

La asombrosa exhibición de Belmonte a su primer toro la interpretó inspiradamente Palaco Valdés con esta frase compendio: «Cómo se torea de capa y muleta un toro grande y gordo, que sólo cumple en cuanto a bravura, y cómo se le mata finalmente.» De lo que hizo Terremoto a su segundo toro, el gran periodista madrileñísimo dijo que fué "receta para lograr, con cuatro capotazos, que un toro manso embista como si fuera bravo y seguir luego toreándolo como tal".

Un respetuoso y cariñoso abrazo, don Eduardo.

OCTUBRE

9

MARTES

Muy antiguo
y muy moderno...

Un coñac de
ayer para el
gusto de hoy.



VALDESPINO
JEREZ



LA PEOR CUÑA...

Por FEDÉRICO OLIVER



El Tato

El lugar que le corresponde en este ligero esbozo de envidia comparada. Este sentimiento en los artistas es corrosivo, mordiente, aniquilador. No perdonamos al rival ni aun cuando triunfamos de él. Y en el mar de nuestro fracaso es como un volcán submarino no apagado del todo. Tápmonos los oídos, cuando hablan en la confiada intimidad, pintores de colores, músicos de músicos y cómicos de cómicos. Y lo curioso es que el estallido de esta pasión no sólo alcanza el estado llano de las profesiones, sino que su picamar azota las cumbres a favor de la suprema aglomeración del genio. Newton, Pasteur, Miguel Ángel, sufrieron su mordedura. Y Cristóbal Colón, tan grande, sintió la infima ruindad de su ponzoña cuando el oscuro grumete Rodrigo de Triana gritó "¡Tierra!". Cervantes, Lope, Quevedo, Góngora, se crucificaron mutuamente con sátiras crueles. Ello es humano y nada más que humano. Nosotros mismos, si nos auscultamos en lo hondo, nos sentimos dentro del grupo que envidia más o menos noblemente, según la graduación de nuestra hipocresía. ¿Cómo reímos y cómo propagamos la sátira que clava en el ridículo al rival que nos gana en merecimientos!

Enfrente al torero, nos quedamos, finalmente, con un tipo profesional: el actor. Y digo el actor, porque éste es afín con el torero en la conquista directa del aplauso del público, amo y señor de ambos. Si un torero es capaz de arrancar una ovación de un público hostil, un cómico genial consigue el mismo efecto aun en el naufragio de un estreno. ¿Dedúcese de aquí que los motores de la envidia son iguales en toreros y cómicos? De ningún modo. El actor, vanidoso por la naturaleza de su énfasis profesional, siente la envidia hasta en lo microscópico. Divo o diva no pueden tolerarse en los carteles si sus nombres no se destacan el uno sobre el otro o si las letras que los componen son más grandes o más chicas. El reparto de "camerinos" es una batalla entre las primeras partes de una compañía. El actor eminente, si es director, coloca sus actores de modo que resulte él el ombligo del universo, aun en contra de la lógica y la plástica de la comedia puesta en sus manos. Y en cuanto al aplauso directo —no el del la *claque*—, yo he visto palidecer a un coloso de la escena porque un actor de seguridad filá fue llamado en un mutis y ovacionado en su presencia. ¿Se quiere más? Hasta en los matrimonios de artistas, ejemplares en lo privado por su amor recíproco, los celos mal reprimidos por la envidia del aplauso han provocado en algunas parejas, ante la batería, los únicos disgustos conyugales.

¿Y el torero? ¿Cómo siente la envidia este maravilloso tipo racial, carne de nuestra carne? ¿Es envidioso el torero en el sentido de los demás profesionales del arte? Creo que no. Constitucionalmente —se me dirá—, el torero es un hombre como otro cualquiera, y, por tanto, está sujeto, como criatura humana, a este veneno del alma... ¿Veneno he dicho? ¿Será la envidia un pecado o una secreción interna? Pero, fuere lo que fuere, la envidia del torero se nos presenta como envidia blanca frente a la envidia negra de las otras profesiones.

Ante el cadáver de Pepe-Ilo lloró Pedro Romero. La hermandad de Montes con su paisano El Chiklanero fué proverbial. Lagartijo y Rascaño, en sus largos años de noble competencia, no dejaron de ser amigos ni cinco minutos. Guerrita y El Espartero fueron como hermanos. José y Belmonte se quisieron y respetaron con una lealtad a todo prueba. ¿Y qué más? Aun en la competencia más insidiosa que recuerdo, la del Gordito con El Tato, se puso en tela de juicio por los apasionados del fidejo del barrio de San Bernabé la buena fe del Gordito con su rival frente a las astas de un toro. Y entonces, la protesta indignada del inventor de las banderillas al quebre quedó escuálida en esta frase:

—¡Como a un hermano lo salvaría de una cornada!



El Gordito

¡LA BANDERILLA! ¡LA BANDERILLA!

Por ANTONIO DIAZ CAÑABATE



La banderilla cae en el suelo y ya empiezan las impacencias del público

Entre las muchas tonterías que el público de toros concede importancia trascendental figuran las banderillas caídas. En cuanto se desprende una de la carne del toro y pasa por su alrededor el espada, de todos los tendidos salen voces: «La banderilla, la banderilla!» El matador la ha visto, pero no ha hecho caso de ella. Los espectadores sensibles empiezan a sulfurarse, se revuelven en sus asientos, se levantan clamando con voz angustiada:

—¡A ver esa banderilla!

El matador sigue despreciándola. Los sensibles espectadores ya tienen los ojos fuera de las órbitas. Congestionados, agitan los brazos y se vuelven al tendido.

—Pero ¿han visto ustedes? ¡Ese bárbaro va a pisar la banderilla y se la va a clavar en un pie, o va a tropezar con ella, se va a caer en la cara del toro y le va a pegar una cornada que lo va a mondar!

Puede suceder que el tendido se muestre indiferente a su discurso tan patético, por estar nutrido de personas duras de corazón, y si no amigos, por lo menos simpatizantes de la tragedia. En este caso, el espectador sensible, al sentirse solo, chillará por última vez, ya con voz desmayada y vencida: «¡La banderilla, la banderilla!» Y se desploma en la piedra, llevándose las manos a la cabeza. Y le dice a su vecino de localidad: —Así no se puede ser torero. Esto se acaba. Yo le juro a usted que es la última vez que vengo a los toros.

Si el tendido responde a las prudentes palabras del espectador sensible, entonces éste, alentado, proclamándose a sí mismo jefe de la cruzada contra los peligros de la banderilla caída, ordena a los peones:

—¡A ver, esas máscaras vestidas de toreros, a coger esa banderilla ahora mismo, so pedazo de animales!

Y si al fin el matador le pega una patada al palo tinto en sangre, causante de todo, el espectador sensible respira como si le hubieran quitado a él la banderilla de encima de sus lomos. Y ya tranquilo, se dispone a presenciar la faena.

En los muchos años que llevo viendo toros, jamás presencié ningún accidente desagraciado producido por una banderilla caída. No sostengo que estén de más los gritos y las precauciones; pero convengamos en que hay mucho de tópico en ello. Porque no creo en los espectadores blandos y tiernos de corazón. Cuando sale un toro con muchos pitones, el noventa por ciento de la gente se refocila. Y el peligro está en los cuernos, no en las banderillas caídas.

Una banderilla caída, abandonada lejos del tercio donde torea el espada, es siempre una noticia poética. Los colorines de su opeal rivado resaltan en la arena, borrador en uno de sus extremos por la sangre ya seca, oscura, como si fuera la flor marchita de su tallo florido.

En ocasiones, los malos banderilleros siembran el ruedo de banderillas, que al recogerlas nos dan idea de una recolección de espárragos pericos. Estas banderillas no tienen interés ninguno, porque lo que les presta patetismo y poesía es la sangre. Casi todos los aficionados jóvenes apeteen la posesión de una banderilla cuanto más sanguinolenta mejor, para colgarla en su alcoba como recuerdo y signo de su afición. Yo tuve un par que le colocó Antonio Fuentes a un Veragua en la Plaza de Madrid. ¡Y cuánto me hicieron soñar! ¡Y cuánto me hicieron sufrir! Porque de tanto verlas tan quietecitas en mi cuarto, andando los años, me sentí banderillero, y en la Plaza de la Ciudad Lineal le puse un par a un becerro. Bueno; esto de que se lo puse, es un decir, porque el becerro me pegó un revolcón del que salí creyendo que estaba en el Limbo, tan atontado me dejó. Perdí el sentido, perdí las banderillas de Antonio Fuentes y perdí aquello que dijo don Manuel Machado:

Y, antes que un tal poeta, mi deseo primero hubiera sido ser un buen banderillero.

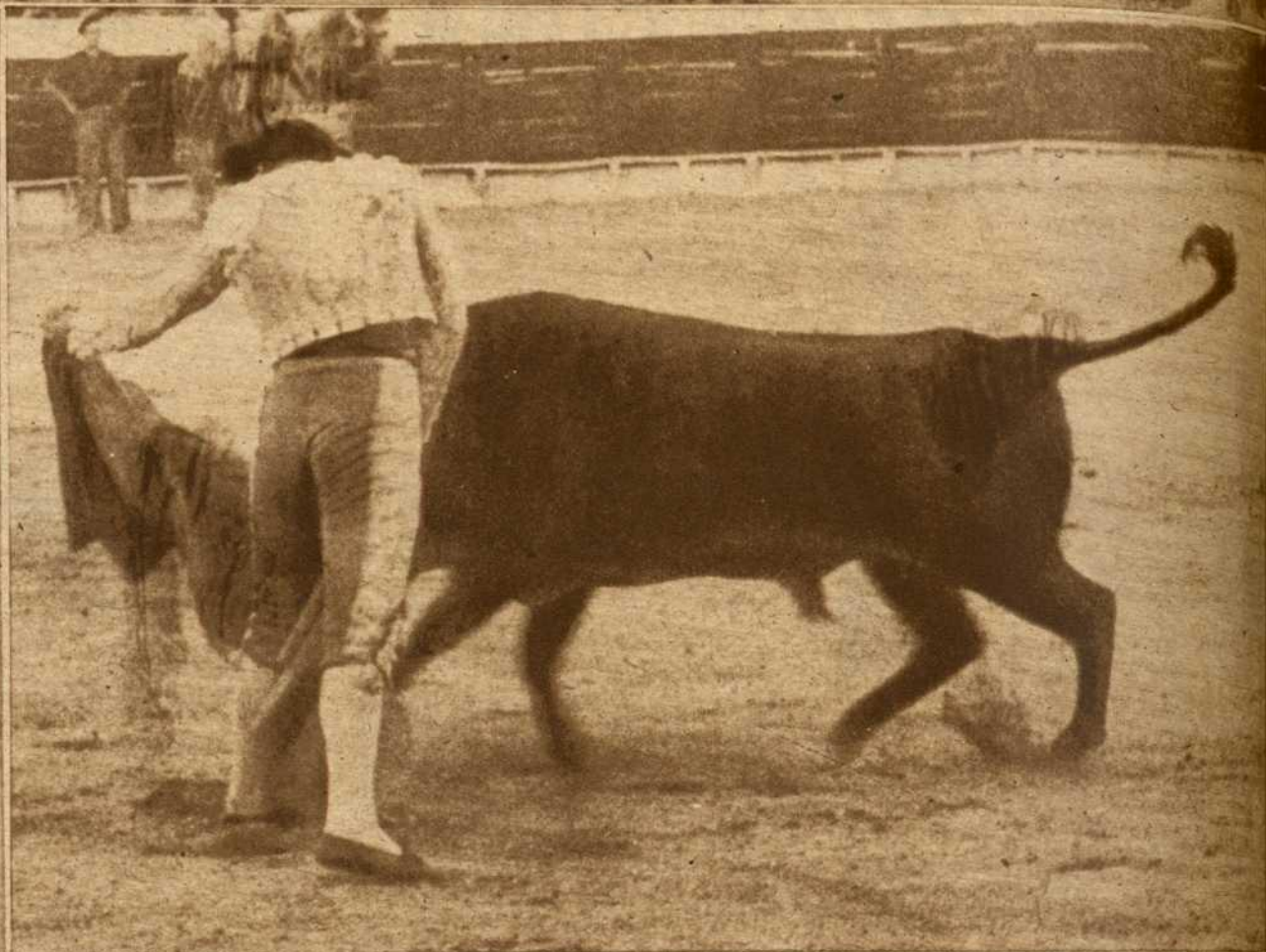
Pero es curioso que los gritos señalando los peligros sin cuento de la banderilla caída se oigan sólo cuando el matador está bien o se presume que va a hacer una gran faena. Pero si el matador está mal, ya se le pueden caer banderillas al toro, que nadie chillará advirtiéndolo. Al contrario, el mismo que se preocupa tanto de estas tonterías cuando el torero torea a su gusto, es el que más desea que se clave una banderilla en el mismísimo tendón de Aquiles cuando no le agrada su labor.

Porque todo el mundo se mete con los toreros, con los ganaderos y con las Empresas; pero al público nadie le dice nada, y precisamente el público es el mayor culpable y el mayor responsable de todo esto que ocurre actualmente en la fiesta y que tanto indigna. A mí, muchos toreros me parecen malos; pero el público que los jalea y los alienta me parece infinitamente peor.

CARTEL de FIGUERAS



Carnicerito de Méjico, triunfador en la corrida de Figueras, muestra los trofeos que se le otorgaron

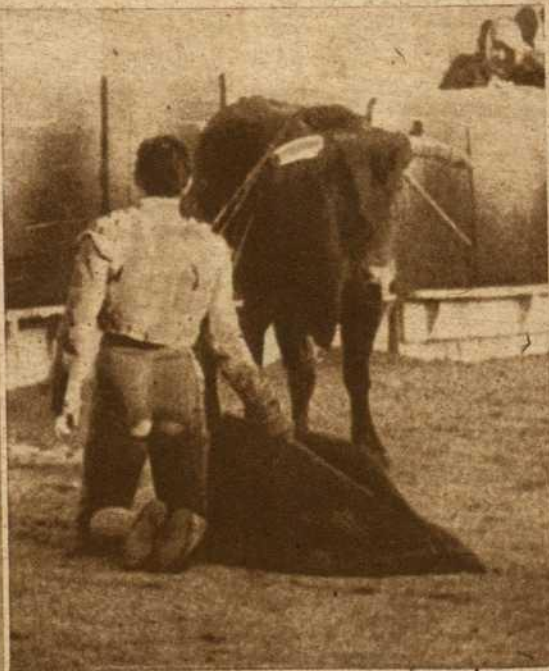


Carnicerito de Méjico toreando de capa al primer toro de la corrida benéfica de Figueras, alternando con Curro Caro y Julián Marín

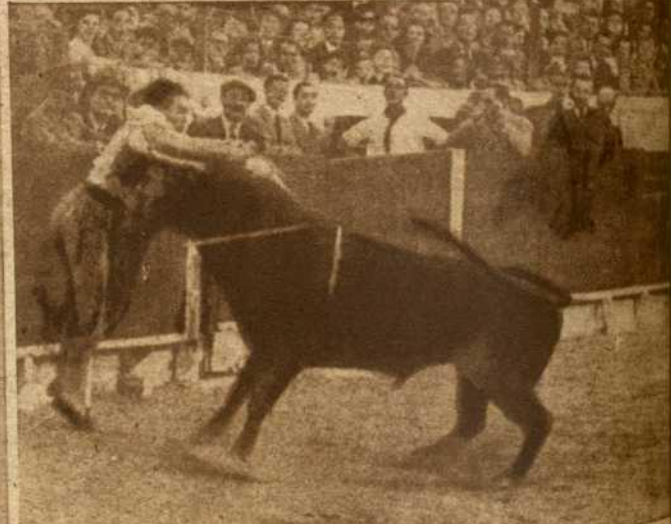
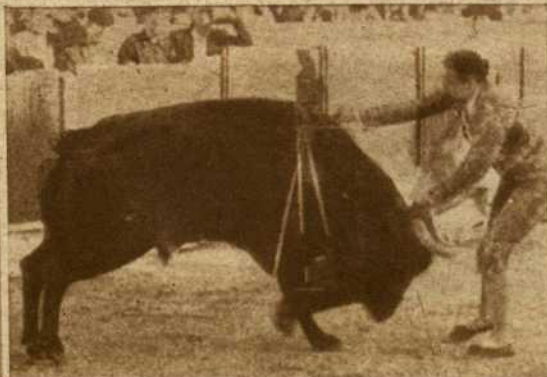


El madrileño Curro Caro responde a las aclamaciones del público con las orejas que cortó en la misma corrida

El navarro Julián Marín, vendado a consecuencia de una cogida anterior, espera el momento de intervenir en sus toros



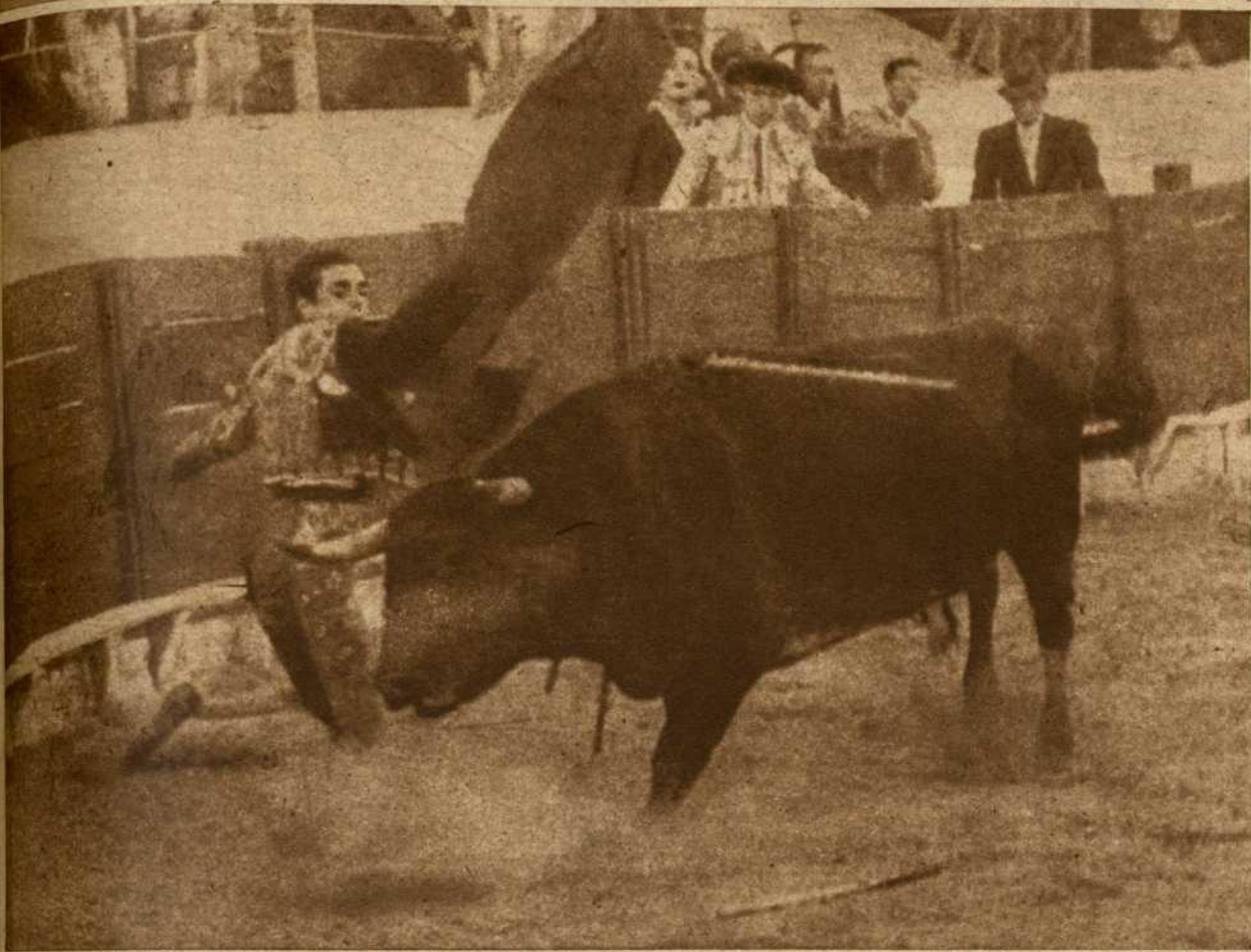
Con las dos rodillas en tierra, Curro Caro portía con el bicho en la faena de muleta. El mismo diestro entrando a matar



Un gran par de banderillas del mejicano, en terreno peligroso. Abajo: Carnicerito de Méjico en un lance de capa en su primero



Toros de Pimentel, para Carnicerito de Méjico, Curro Caro y Julián Marín



Curro Caro, exponiendo mucho en la faena, aguanta valientela arrancada y da un pase por alto. En este toro logró triunfar el madrileño, certando las orejas



Otro par pegado a la barrera, que fué premiado con una gran ovación para Carnicerito. Abajo: Julián Marín viendo doblar su primer toro



Curro Caro se estira en un lance. Abajo: El madrileño toreando de frente por detrás en uno de los quites (Fotos Valls)



Nuestra contraportada

BLAS MELIZ

Por BARICO



VIENE hoy a nuestra contraportada el retrato de un subalterno que fué excepcional figura de su tiempo.

Concurrieron en este lidiador valenciano, a un lado sus extraordinarias condiciones como torero, tales dotes de simpatía y honradez, que a su muerte, el que durante muchos años había sido su maestro, el matador de toros de Béjar Julián Casas (El Salamanquino), pudo imponer al banderillero que fué a ocupar el puesto de Meliz la condición de que entregase la cantidad de cien reales por cada corrida toreada, y esto durante dos años, a la madre del que había sido su peón. Mucho mereció en vida Blayé y muchas fueron las simpatías que ganó, y por ello fué posible que el nuevo subalterno contratado por El Salamanquino aceptase la obligación que le imponía el maestro. No sabemos con certeza si, por su parte, el matador castellano hizo algo en favor de la madre de su subalterno; pero habida cuenta la opinión que mereció de sus contemporáneos, y si recordamos las noticias que sobre su bondad y rectitud nos han llegado, hay que suponer que ayudaría a la pobre mujer en gran medida, pues no es de creer que hombre tan honrado como El Salamanquino exigiera sacrificios a otros para evitarse él acudir a remediar la situación de la madre del que durante muchos años había sido un leal y eficazísimo peón de brega y banderillero de su cuadrilla.

Blas Meliz nació en Valencia en 1818. De muy joven comenzó a aficionarse a sortear reses, y no perdió ocasión de intervenir en cuantos festejos taurinos tuvo ocasión; pero nunca salió de los límites de su región. A decir verdad, su trabajo no llamó la atención de los aficionados hasta el año 1838. En esta temporada hizo su presentación en Madrid y fué aplaudido con entusiasmo por la destreza, agilidad y limpieza que puso en la ejecución del salto de la garrocha. Esta especialidad sirvió para que su nombre fuera conocido, y como, además, bregaba con acierto y banderilleaba con facilidad y precisión, los matadores de toros por entonces en boga se fijaron en él, y pronto fué contratado por Cúchares. Más tarde entró a formar parte de la cuadrilla de Julián Casas, y en ella permaneció hasta que murió, en pleno ejercicio de su profesión, de una congestión pulmonar, en Madrid, el 1 de marzo de 1856.

Se dió a conocer, como queda dicho, dando el salto de la garrocha, y esta suerte hubo de practicarla muy asiduamente, siempre a petición del público.

Toreando en Segovia le cayó un estoque sobre un talón y le cortó un tendón. Se creyó que no podría torear más; pero Meliz, que cojeaba bastante, siguió practicando la suerte que le dió fama y continuó cumpliendo muy bien como peón de brega y banderillero.

BALSAMO HAZUL

Unguento antiséptico para accidentes y enfermedades de la Piel

QUEMADURAS • CRANOS • ULCERAS • HERIDAS

VENTA EN FARMACIAS (Autorizada por la Censura Sanitaria)

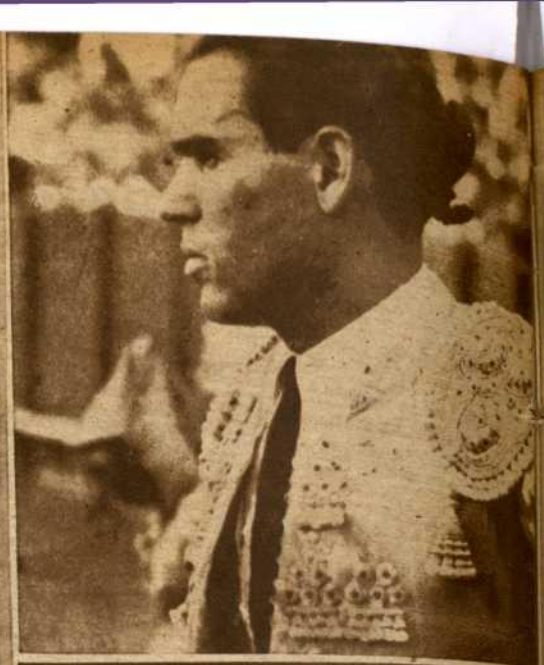


Armillita, al salir el primer toro observa las características para intervenir con la capa



Andaluz y Armillita, con el sobresaliente Torerito de Triana, al hacer el paseo en la Maestranza de Sevilla

CARTEL DE SEVILLA FERIA DE SAN MIGUEL ARMILLITA Y ANDALUZ



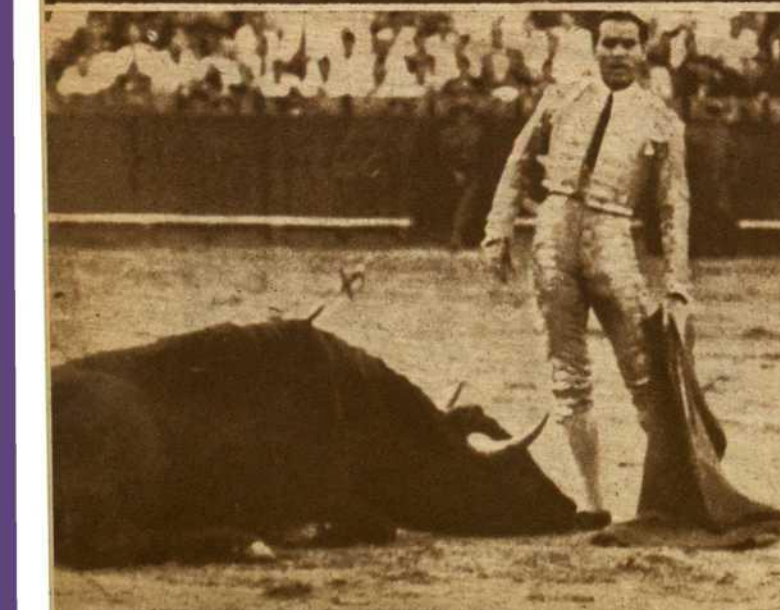
Andaluz, pegado a la barrera, sigue atento la lidia de uno de los toros que estoqueó mano a mano con Armillita



Andaluz, que triunfó en el cuarto toro con la muleta, en unas manoletinas



Andaluz en un pase por bajo con la derecha.—El diestro sevillano después de la gran estocada a su segundo toro



JUICIO CRITICO

POCO juego han dado los toros del duque de Tovar. Entre mansurroneos uños y pequeños otros, hicieron naufragar los buenos deseos iniciales de Fermín Espinosa y de Manolo Alvarez. Abrió plaza el mejicano con tres prodigiosos pares —dos de ellos al cambio— y una faena muy torera, diestra y de gran callidad y dominio. Pero ya el segundo quebró el afán con que Andaluz saliera al ruedo, y la corrida vino a menos justificadamente. Sólo la faena de muleta del trianero al cuarto —cerquisima, bien concebida y en los mismos pitones— caldeó la Plaza con esa pureza de toreo que es clave y razón de la fama del Andaluz. También —como anteayer— fué retirado el quinto a los corrales —esta vez por exiguo y «prudente» de cuerna—, y a pesar del desagrado público ante el último —que no mayor se han tolerado en otras ocasiones, incluso más solemnes—, Andaluz hizo lo posible por torear como hacen los toreros de su estirpe y solera. Lástima que no haya sido realidad de nuevo el toreo profundo y clásico que lleva en su reciedumbre de gran lidiador Manuel Alvarez.

Montero Galvache



Armillita iniciando un pase natural, sin enmendarse, en la arrancada del bicho



El diestro mejicano en un natural. Abajo: otro momento de la faena de Andaluz (Fots. Arenas)





Luis Miguel Dominguín, triunfador de la corrida de Lorca, con las orejas y el rabo que cortó al tercer bicho

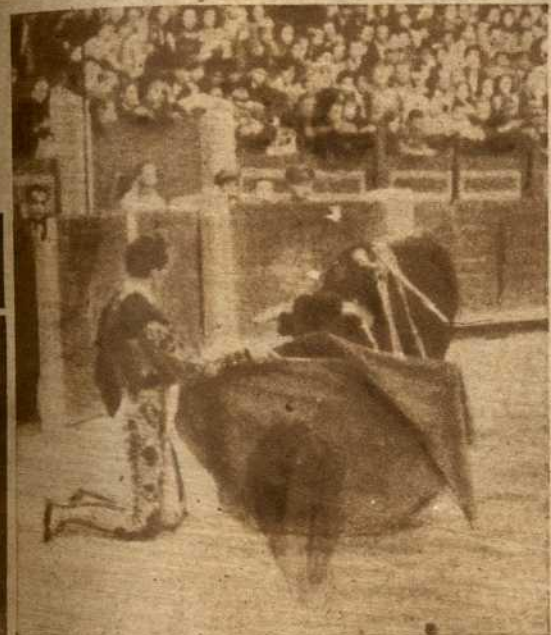


Los hermanos Dominguín bromeando con su padre antes de dar comienzo la corrida de Lorca



Pepe Dominguín recibe en premio a su faena las aclamaciones del público y saluda

**CARTEL DE LORCA
CONCHITA CINTRON,
DOMINGO, PEPE Y LUIS MIGUEL DOMINGUIN**



El menor de los Dominguín comenzo su faena al primer toro con las dos rodillas en tierra



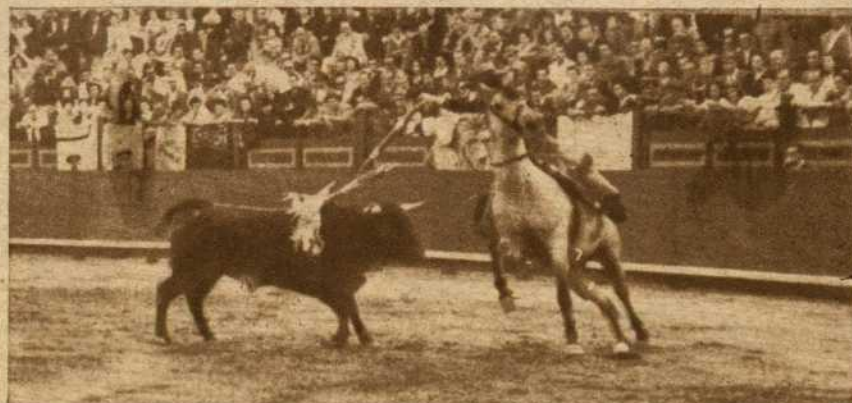
Conchita Cintrón, después de realizar el rejoneo, observa desde la barrea la labor del sobresaliente



Domingo remata un quite en el toro que despachó en primer lugar, en el que escuchó ovaciones por su trabajo



Domingo Dominguín en un pase por alto al comenzar la faena al bicho que se lidió en primer lugar



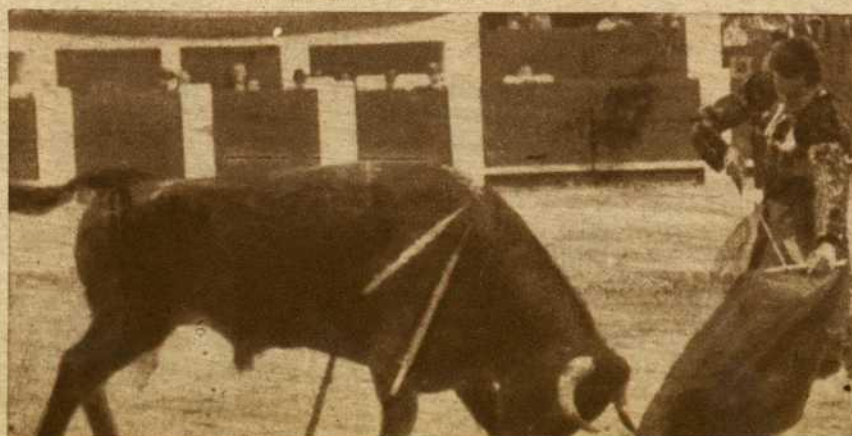
La rejoneadora peruana clavando un rejón de muerte en el novillo que dió principio al festejo taurino de Lorca. Abajo: Luis Miguel Dominguín toreando al natural



Pepe Dominguín se adorna cogiendo los cuernos del toro con las dos rodillas en tierra

Pepe Dominguín dió principio a su faena de muleta sentado en una silla, instrumentando pases por alto

Así comenzó su faena Pepe Dominguín. Sentado en una silla dió varios pases por alto (Fots. López)



CAPITULO XIV

DE cuanto se dijo en los tres capítulos inmediatamente anteriores a éste, en que se trataba de establecer y de estudiar la fusión de los estilos de Joselito y Belmonte, y ya vimos cómo Belmonte empezó siendo de los toros y acabó vencidos, porque adquirió en el ejemplo de su rival la enseñanza de la dominación, y cómo Joselito acabó entregándose, por emular el heroísmo de Juan, pudiera surgir una consecuencia osada, en la que dijéramos que —quitado el factor suerte, el influjo del Destino— Belmonte aprendió de Joselito a que los toros no le cogieran, y Joselito, siempre tan seguro, aprendió de Belmonte a dejarse coger. Y un toro lo mató. Pero claro está que no tuvo la culpa Juan, que le lloró con un llanto que otros pudieron llorar por el amigo, pero que nadie como él pudo llorar por su rival y compañero.

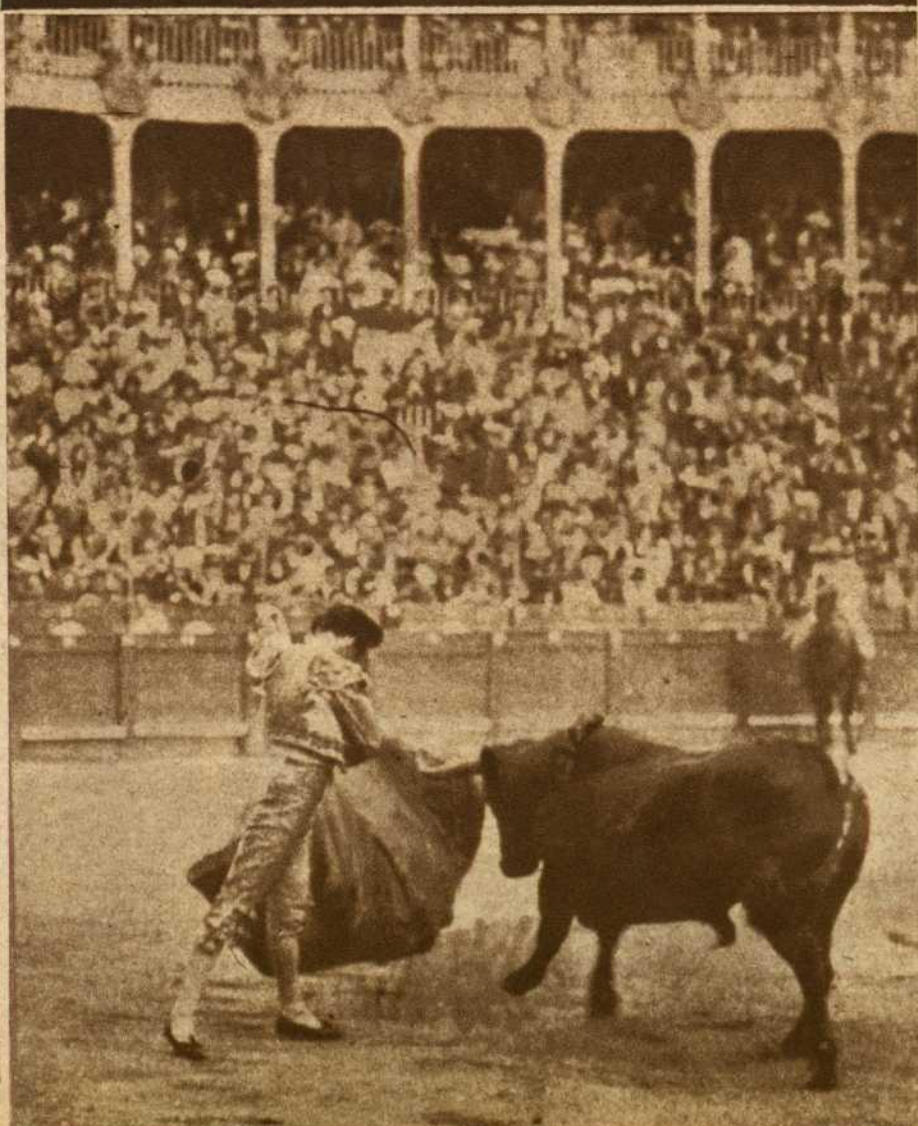
Los dos exponiendo mucho, como antes no había expuesto más nadie; los dos, a quien los toros levantaron muchas veces los pies del suelo, el uno para sobrevivir, el otro para morir en las astas, llenaron juntos, durante un período de casi ocho años, la época más nutrida, completa y brillante del toreo de todos los tiempos. Se quedaron solos, émulos únicos, en todos los ruedos de España. Lo que Joselito traía como suma, compendio y cifra sintética de toda la variedad del toreo, no podía ser sostenido ni por el valor, muchas veces denodado, ni por la sabiduría, muchas veces denodado, ni los toreros inmediatamente anteriores que no tenían la fuerza de su juventud. El arte quintaesenciado, aunque corto, de Rafael Molina, Lagartijo Chico, el sobrino del primer califa torero de Córdoba, había desaparecido de los circos, porque Rafaelito, víctima de la tuberculo-



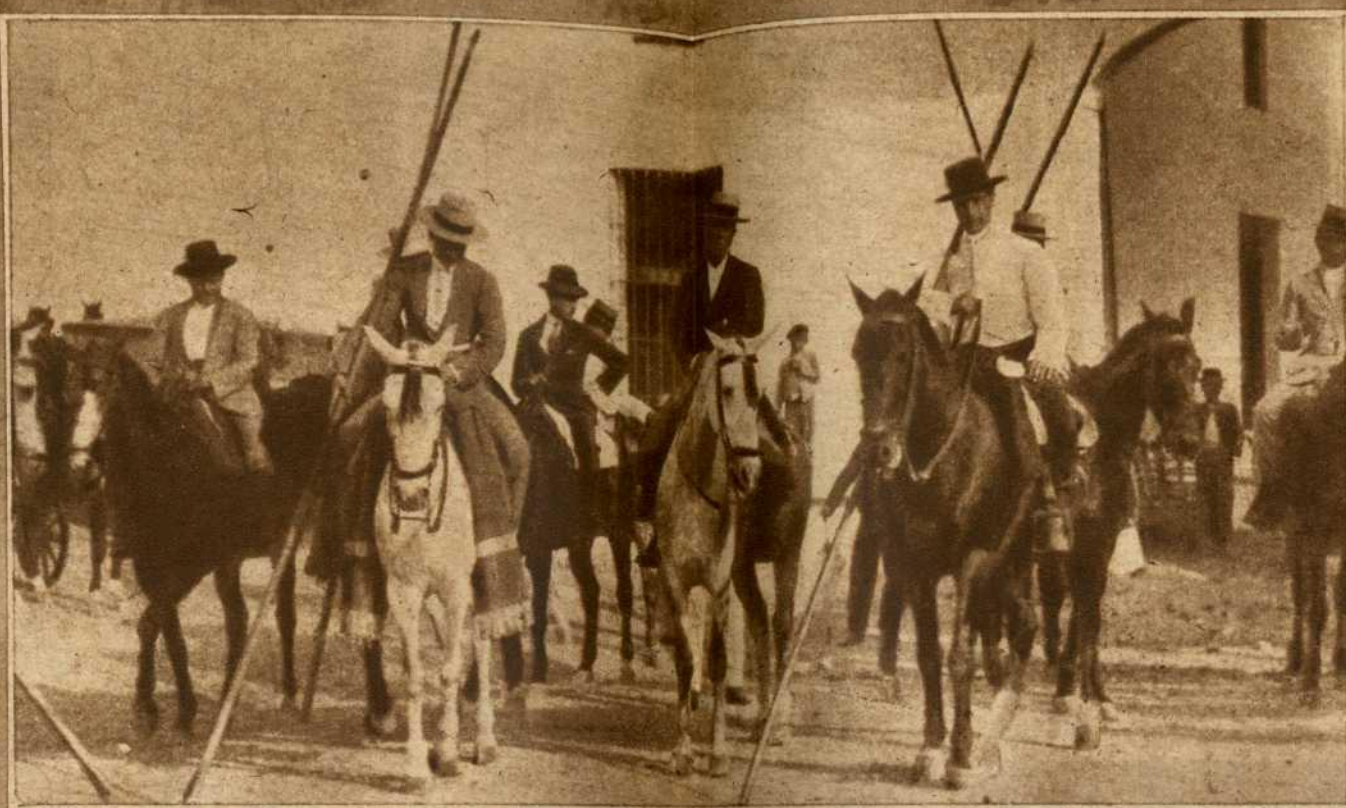
Joselito en una fiesta, acompañado de El Caballero Andaz y Ramón Peña

sis, había desaparecido de la vida. Manuel Mejías, Bienvenida, padre, torero de múltiples capacidades y de una larga y grande tradición elegante, muy castigado por los toros, ya en los umbrales de la veteranía física, no podía sostener pelea con la agilidad prodigiosa de José. Ricardo Torres, Bombita, advirtió que en el nuevo niño sevillano había un aumento, un agradecimiento, una multiplicación de lo que constituía las muy variadas, pero muy reducidas, características de su toreo. Rafael González, Machaquito, sintió que su valor, desde luego a toda prueba, sólo constituía un peligro para sí mismo, y Vicente Pastor, muletero de una gran dominación y matador seguro, pero a la vez hombre sensato y consciente de su capacidad, comprendió que ya no estaba en edad ni en condiciones, y que acaso no valía la pena de transformar su estilo personalísimo en un estilo nuevo

Un templado lance de José en el que se adivinan tentitudes que habían de hacer furor más tarde



JOSELITO



APUNTES PARA UNA BIOGRAFIA

Por FELIPE SASSONE

que no se compadecía con su manera sobria y dura de entender el toreo. A los que surgían carentes de tradición, pues no procedían de casta de toreros antiguos, les pareció más haccedero y más eficaz imitar por voluntad temeraria el valor de Juan que copiar por adivinación y empíricamente la vieja sabiduría de José. Pero como imitaban a Juan sin pararse a pensar en la enseñanza dominadora de José, perecieron en la demanda. Cuando Belmonte se quedó solo, aunque era, a mi juicio, el representante de la fusión de dos estilos, empezó a predominar, naturalmente, el suyo propio, en lo que tenía más de quietud reducida que de agilidad variada y vasta, y sólo fué quedando como lección en el toreo lo que fué peculiar de su manera. De la escuela de José quedó, por un tiempo, aquel torero de prodigiosa facilidad que se llamaba, y se llama aún en su vida particular, Marcial Lalanda; pero a él, como al pobre Manuel Granero, que también siguió las huellas de Joselito, le faltaba el aquel de la gracia andaluza, y a los que sin parecerse a Belmonte cultivaban la misma forma de toreo estático, aunque con otra gracia que dependía de sus condiciones físicas, y acuden a mi pluma los nombres de aquellos toreros elegantísimos que se llamaron, y dos se llaman aún, uno retirado

y otro en ejercicio, Antonio Márquez, el primer Gitanillo de Triana, y Joaquín Rodríguez, Cagancho; les faltaba, si no una personalidad propia, la personalidad y el temperamento heroico del trianero. El toreo actual, con su acercamiento fácil ante el toro chico, procede más de aquel acercamiento difícil de Juan Belmonte que de aquella facilidad, difícil también, ágil, amplia y variadísima de Joselito, y los profesores de estética, horros de ciencia, tauromaca, para quienes, con muy buen juicio, el arte en general es quietud, acaso dirán que, desde el punto de vista de la belleza plástica, hoy se torea mejor que se ha toreado nunca. Los verdaderos aficionados al toreo, que, sin olvidar la estética, no podemos olvidar lo que lo tauromaquia tiene de caza y de pelea, de lidia, en fin, no podemos estar conformes con el criterio de los estetas puros. He escrito lo que el toreo tiene de caza y de pelea; hubiera debido escribir, y corrijo inmediatamente el olvido, lo que tiene de danza, para decir cómo había también, y ya casi ha desaparecido, una plasticidad y un ritmo en toda esa teoría de enlaces y de figuras armoniosas y en movimiento que constituía el toreo inmenso de Joselito. De aquella forma, por lo que tenía de tradición, sólo ha quedado una reproduc-

ción en el toreo de quien pudo aprenderlo, y al decir esto, uno al recuerdo de Manolito Mejías, Bienvenida, la realidad en pasajero eclipse, del cual habrá de salir, de Antonio Mejías, Bienvenida. La fusión y la amplitud de lo que tiene el toreo de apolíneo y dionisiaco a la vez, que se daba mezclado muchas veces en cada uno, en Joselito y Belmonte, sólo en su época brilló en toda su vastedad. El toreo se ha hecho hoy mucho más chico, precioso como una flor, pero no como un jardín; y fué grande, grande, grande como no lo había sido nunca, como hasta ahora no lo vuelve a ser, cuando José cerraba un círculo y Belmonte abría otro; cuando José era la sabiduría y Belmonte era el milagro.

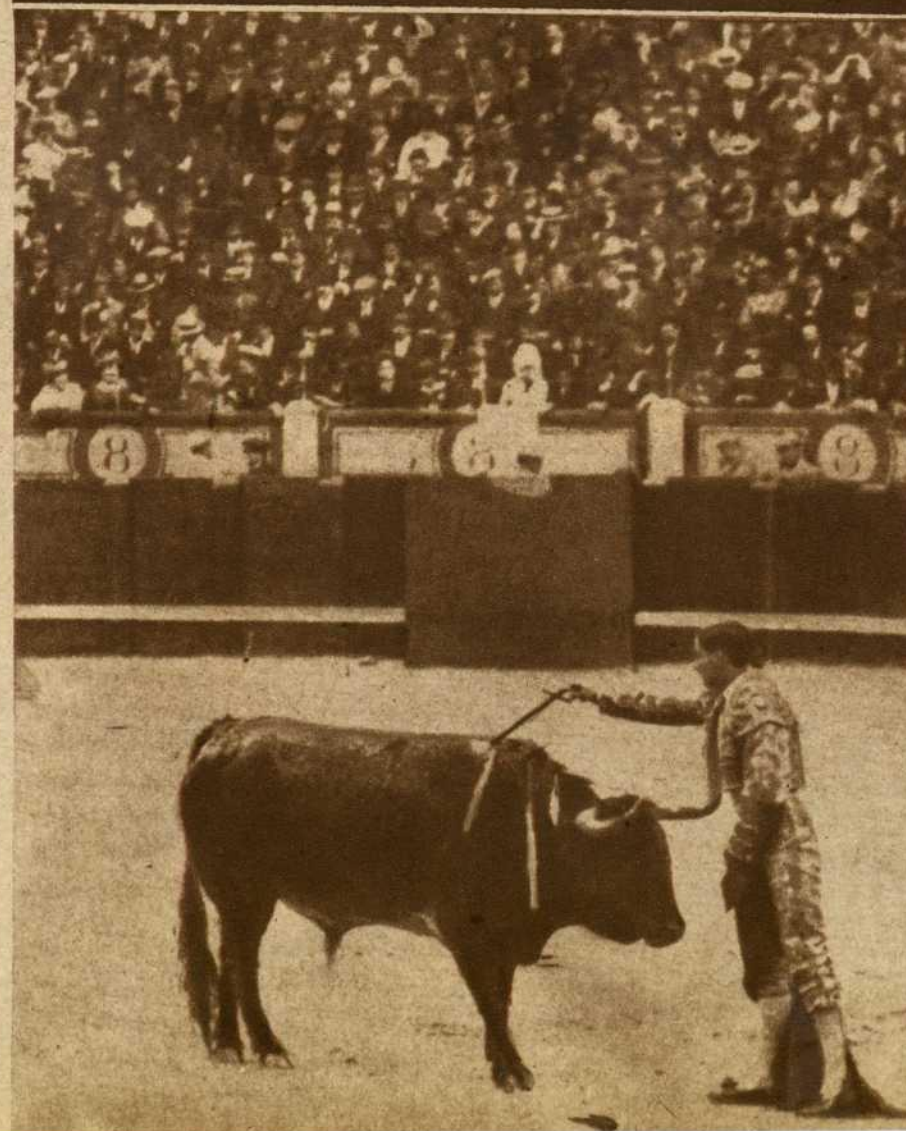
Aquí acaban las reflexiones que el recuerdo de Joselito *Maravilla*, inseparable del recuerdo de Juanito *Terremoto*, me trajo a las mientes para turbar —y yo no me duelo de ello— la narración de hechos, la enumeración de corridas, la profusión de anécdotas y la exactitud cronológica de fechas que hubieran sido indispensables en una biografía propiamente dicha y que yo he considerado superfluas en estos apuntes para una biografía —que otros la harán si quieren— donde lo que me importaba era evocar la figura y la significación torera de Joselito y no los accidentes personales de su vida, que, por breve y sencilla, casi carece de historia.

Así, todavía me queda, para sumar apuntes, hablar de su excursión a América, contar alguna anécdota que se relaciona exclusivamente con su vida torera y trazar un esbozo de su carácter para estudiarlo en lo que pudo influir tan sólo en su actuación de artista. Y después exponer las causas que motivaron la tragedia, para todos inesperada, y que muchos juzgan imposible, dados el dominio y la facilidad magistral del



En casa de los Gallos el santo de Rafael. Se reúnen los amigos para festejarlo

Joselito, después de haber entrado a matar, saca, con tranquilidad y junto a los amenazadores y afilados cuernos de la fieta, el estoque



lidiador, para quien no podía tener ni secretos ni sorpresas el oficio, y deshojar al fin sobre su tumba la siempreviva de mi recuerdo.

Desde luego, todo ello no será tan sólo un desahogo lírico y sentimental; porque atendiendo a la índole principalmente informativa de estos apuntes, que quisiéramos eficaces para la Historia de la Tauromaquia, habremos de allegar todos los pormenores que sirven no sólo a describir el momento de la cogida fatal, que no vimos, pero que sabemos cómo ocurrió, y lo sabemos de fuentes segurísimas, de labios del propio Ignacio Sánchez Mejías, que vengó en Bailaor la muerte de Joselito, y todas las causas determinantes de la tragedia.

Poca paciencia reclamo todavía de mis lectores; acaso sólo dos capítulos más para acabar estos apuntes y reflexiones. La biografía completa ya la harán otros.

El arte y los toros

HABLEMOS OTRA VEZ DE LIZCANO

Por MARIANO SANCHEZ PALACIOS

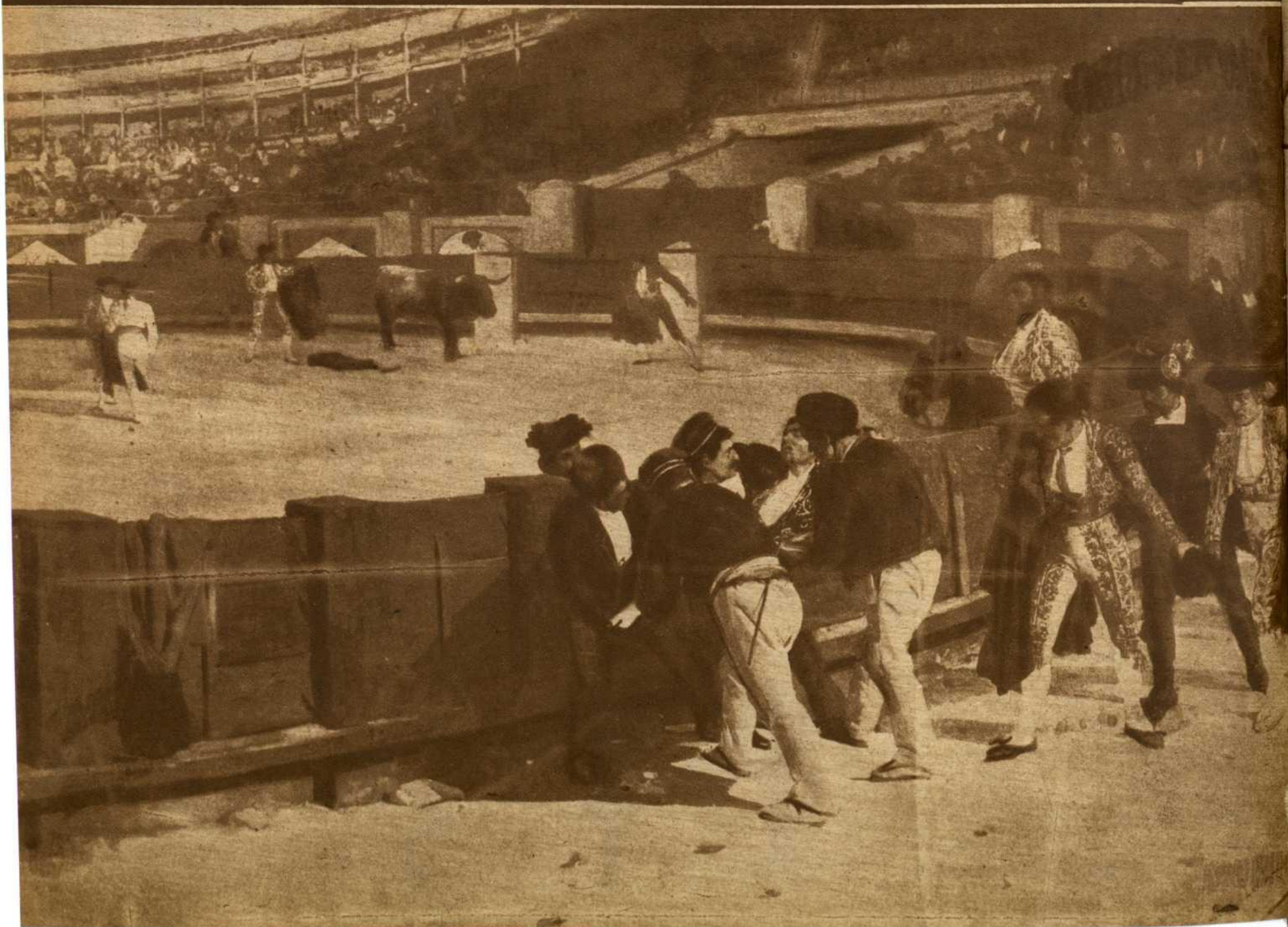
CUANDO la suerte nos ha colocado frente a este cuadro, no muy conocido, de Angel Lizcano, el pintor de finales del pasado siglo, hemos sentido una incontenible curiosidad, porque en él se reflejan algunas de las buenas cualidades o méritos que poseía aquel artista, indebidamente algo olvidado, que tanto arte y entusiasmo puso al servicio de la fiesta brava de los toros, de la que, indudablemente, debía ser gran aficionado. Claro está que, analizando detenidamente esta pintura, encontramos en ella curiosos detalles que mermarían su mérito, si fuéramos a ser severos jueces de esta obra, de más valor anecdótico que pictórico. Pequeño y desproporcionado el redondel ante la excesiva perspectiva de los tendidos de fondo, enano o diminuto el caballo del picador, muy amplio el callejón o pasillo de burladeros y barrera, etcétera. A Lizcano le dominaban los asuntos dentro del callejón, y mientras por un lado —recordemos algunas cosas de él en «La Lidia»— es el dibujante irónico y humorista de una sutilidad e ingenio exquisito e inagotable, de otro es su gran temperamento artístico y creador el que le lleva a ejecutar cuadros como el que hoy nos ocupa, o el muy conocido y ya comentado de «La cogida del diestro», propiedad del Estado. En

ambos, Lizcano puso la nota melodramática, y en los dos lienzos quiso su autor buscar la emoción de los toros en una escena desgraciadamente harto frecuente y conocida. En este cuadro que hoy traemos a las páginas de EL RUEDO acaso tengan más valor y sean más interesantes las figuras que aparecen en segundo término, las que, ocupadas cerca del toro, acusán una mayor sensación de vitalidad, de más puro impresionismo. Hay en todo el cuadro

detalles que marcan cierta influencia goyesca, por cuya escuela este pintor se hallaba dominado. Tenía Lizcano veintinueve años cuando realizó este cuadro. Todavía su arte, que el tiempo había de depurar notablemente, no había captado las buenas enseñanzas posteriores y, sin embargo, en medio de algunos defectos de conjunto, se aprecian en este óleo no pocas excelentes calidades que sobrepasan a los defectos y hacen grato el deleitarse contemplándolo. Una de las buenas propiedades técnicas de esta obra es la luz, el sol que el artista logró reflejar en ese callejón o barrera en la que se mueven las principales figuras; sol que no logró conseguir, sin embargo, en su medio redondel, en el que la diferencia de la luz y la sombra apenas se percibe, en contraste con los distintos y definidos tonos de primer término.

La obra no deja, a pesar de todo, de tener mérito. Siempre y en cualquier momento se mira con simpatía, y en honor a ello la hemos traído a nuestra sección semanal de EL RUEDO, por creer que su divulgación y un comentario sobre la misma, más o menos somero, no puede dejar de interesar a los amables lectores que nos siguen, profesionales y aficionados que nos alientan. Ese y no otro ha sido nuestro propósito.

«Torador herido durante la corrida», cuadro magnífico de Lizcano, expresivo de la tragedia ocurrida en un momento de la lidia



Aficionados de categoría y con solera

CASAS BRICIO

creo que los diestros de antes
exponían menos que los de ahora

Su primera comedia se la
inspiró un tema taurino



EL AUTOR CON TIPO DE TORERO

Casas Bricio, este autor que se consagró como tal con su primera obra —«Tú, gitano, y yo gitana»—, nos da siempre la impresión, no de un escritor teatral, sino de un torero famoso. Sin embargo, es en el escenario donde ha ganado fortuna, prestigio y una amplia popularidad. Charlamos con él en un ambiente que no tiene nada de taurino —una cervecería—, pero Casas Bricio se encarga, con su presencia y con su palabra, de hacer-

nos olvidar pronto el decorado impropio.

—Lo que yo hubiera dado por ser torero! Creo que hasta físicamente, «me va» un poco la profesión. No hay arte en el que el éxito proporcione más motivos para sentirse orgulloso. El marco de una Plaza de toros, llena de gritos y de sol, de mujeres guapas, es maravilloso para recibir el aplauso. La vuelta al ruedo, después del triunfo, debe ser para el torero algo verdaderamente magnífico. El brindis, un detalle de arrogancia, delicado y viril. Yo propondría que el autor, antes del estreno, salga a telón corrido y «brinde» su comedia a un espectador. En lugar de montera, podría arrojarle un ejemplar de la obra. ¿Qué le parece?

—Que iba a ser muy desagradable para el autor cuando la obra fracasara y tuviera que salir a recoger el libreto.

ESE «ALGO» TAN ESPAÑOL

A Casas Bricio le encanta hablar de toros. Veamos por qué.

—Me gusta hablar de toros y encuentro agradable esta ocasión que me brinda EL RUEDO y que me permite decir algo sobre nuestra fiesta nacional, fiesta que considero única, no sólo por sus características especiales, sino por su belleza, por su vistosidad, por el viril empaque de sus protagonistas —toro y torero— y porque, como en ninguna otra, es, el peligro, aliento y detalle que completa y redondea su emoción, una emoción de la que carece cualquier otro espectáculo del mundo.

—Desde cuándo va usted a la Plaza?

—Mi primer recuerdo taurino se remonta a la infancia. No tendría yo ocho años cuando asistí por primera vez, llevado por mi padre, a una corrida de toros. Fue en la Plaza vieja de Madrid y toreaban Bombita, Machaquito y Vicente Pastor. Recuerdo perfectamente el rostro de los espadas: la sonrisa ancha y agradable de Ricardo Torres, la seriedad imperturbable de El Chico de la Blusa y la recia personalidad de Machaco. Este último mató a su segundo toro de una estocada magna, saliendo empitonado, derribado y milagrosamente ileso, porque el bicho, sin fuerzas ya

para meterle la cabeza, rodó como una pelota. Aquello me gustó tanto que, desde entonces, arranca mi afición, casi mi pasión por la fiesta de toros. De ello deduzco que nadie puede sentirla tan bien y tan hondo como nosotros, sin duda por una cosa temperamental, por ese algo tan español que nos hace admirar el peligro. Un niño de mi misma edad, nacido en otro clima, acaso le biese vuelto la cara asustado. Yo junté mis manos para aplaudir...

JUICIOS COMPARATIVOS

—Ahora vamos a ver, si le parece, su opinión sobre las épocas del toreo que usted ha conocido.

—Hoy, seguramente, se torea mucho mejor que antes. Es decir, no sé si, exactamente, debo decir «mejor». Se torea mucho más cerca, eso sí. Contemplando cualquier fotografía antigua de toros, de la época de Joselito, por ejemplo, se puede observar que lo mismo con el capote que con la muleta, el torero tomaba todas las ventajas y pisaba «un» terreno, un terreno en el que advertía cierta seguridad y en el que la iniciativa era completamente suya, y la huida, en caso necesario, estaba, si no asegurada, prevista; claro es que con un toro, toro como aquellos, incluso con los de hoy, no hay seguridad absoluta. Sin embargo, el toreo de antes era, indudablemente, menos expuesto.

—Y dígame; la renovación del toreo, su avance, su modernidad, ¿favorece o perjudica al espectáculo?

—Pues... no lo sé. Como no sé si los toreros actuales son mejores, en general, que los de hace treinta años. Son... otros. ¿Más perfectos los de hoy? Creo que sí. Pero, acaso, lo que hemos ganado en perfección lo perdimos en casticismo, en solera. El noventa por ciento de los toreros de hoy no son lidiadores; son, simplemente, toreros. Dos lances quietos, templados, en un quite, o un pase en redondo mirando al tendido, son ahora suficientes para creerse figura un torero mediocre. Antes, a los toreros se les exigía menos y daban más. Hoy, acaso se les pida mucho, pero ¡hay que ver lo que, a su vez, exigen ellos!

LO PEOR DE LA FIESTA

—¿Qué defectos le encuentra a la fiesta?

—Creo que la fiesta de toros, en su esencia, no tiene nada malo. Lo que haya de censurable en ella se lo ponen los que viven a su amparo. Estos males son pasajeros y deben desaparecer. Es lamentable que una fiesta, eminentemente popular, de raíz netamente española, se vaya colgando, por lo exagerado de sus precios, fuera del alcance del pueblo. El obrero se encuentra con que antes, con un duro, sacaba una andanada y hasta se fumaba un puro, y hoy necesita diez machacantes y ha de fumarse, camino de la Plaza, un amarillo de hebra y gracias. Yo no sé de quién será la culpa, pero es lamentable. No digo los precios de antes; pero, vamos, un poco de moderación no estaría mal. Esto de los precios es hoy, a mi juicio, lo peor de la fiesta de toros...

—¿Qué clase de espectador es usted?

—Un espectador sencillo e ingenito en todos los espectáculos, incluso en el ruedo. Ni grito, ni protesta, y aplaudo siempre que veo algo digno de exteriorizar mi agrado. Aplauzo sinceramente hasta las comedias de mis compañeros. ¿Puede pedirse más?



EL ESPECTADOR Y EL AFICIONADO

—¿Ha cambiado mucho el público?

—El público de hoy, el de toros, naturalmente, creo que entiende menos que el de ayer. Quedan pocos aficionados rancios, de auténtica solera, de los que saben medir y aquilatar una faena sopeando los méritos del torero con las condiciones del toro. El público actual, en su mayoría, ve de la fiesta su parte espectacular, aplaude con excesiva facilidad y, sin embargo, a veces, silencia cosas que debiera premiar con sus palmas. El espectador de hoy, ligero y bullicioso, pone poco interés emocional en el espectáculo, acaso porque esta emoción se la van quitando poco a poco las empresas, soltando cada vez toros más pequeños. De todas formas, pienso que la afición de ayer, en su conjunto, era indudablemente más entendida. Los de hoy, son espectadores; los de ayer, eran aficionados.

NOCHE EN PINO MONTANO

—¿Tiene amigos toreros?

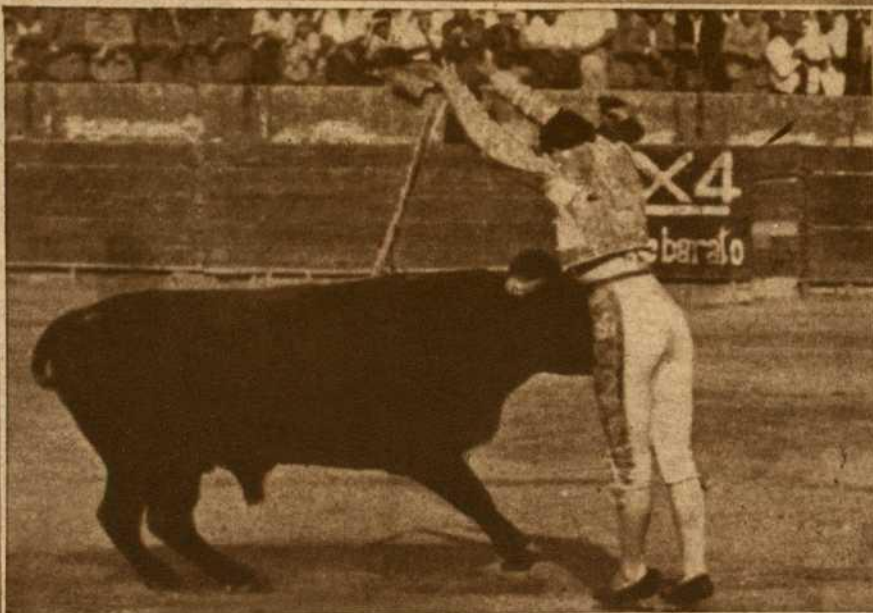
—Conocidos, varios. El año pasado, que fui a Sevilla en mayo, con motivo de un estreno con Fernando Granada, tuve ocasión de pasar una noche muy agradable en Pino Montano, la célebre finca que fué de Sánchez Mejías, y allí traté a Gallito, Manolete, Pepe Luis, José Ignacio Sánchez Mejías y algún otro más. Todos ellos me parecieron simpáticos, agradables y correctos.

AQUELLA CONTRAPORTADA...

—¿Ha tenido mucha influencia la fiesta en sus comedias?

—Mi primera obra, «Tú, gitano y yo gitana», está escrita por la impresión que causó en mí una fotografía publicada en la contraportada de *Estampa*, aquella revista de antes de nuestra guerra. Era una composición fotográfica en la que aparecía la tumba de Joselito, un grupo escultórico, y adornando y completando la plana, unos dibujos a lápiz, en los que destacaba un chavalillo, con su gorrilla y su capote, desafiando en pleno campo a un toro enorme. Yo pensé, viendo aquello, en la fuerza incontenible de la fiesta de toros. Por uno que cae, nacen veinte. ¡Junto a la muerte, la vida! Junto al final, el comienzo... Y de ahí nació mi comedia. Los toros me parecen un gran tema para llevarlo al teatro...

RAFAEL MARTINEZ GANDIA



Un gran par de banderillas del mejicano Fermín Rivera, aguantando valientemente la arrancada del bicho



Junto a las tablas, Fermín Rivera inicia la faena con el toro de Guardiola, del que cortó las orejas

CARTEL DE ECIJA

Fermín Rivera, Pepe Luis Vázquez y Luis Miguel Dominguín



Pepe Luis en un pase de pecho con la izquierda, logrando un triunfo apoteósico en los dos astados que mató



Luis Miguel Dominguín en un pase ayudado con la izquierda, cuajando una gran faena como sus compañeros



Por el triunfo logrado, Pepe Luis Vázquez es obsequiado por un espectador que se ha lanzado al ruedo con una caña de manzanilla



En el centro del ruedo inició su faena Luis Miguel Dominguín, siendo ovacionado en el último tercio de la lidia, al torear con la muleta



Fermín Rivera, Pepe Luis Vázquez y Luis Miguel Dominguín, haciendo el paseíllo en la corrida de feria de Ecija (Fots. Arenas)

NUEVO EN ESTA PLAZA

ANTONIO VELAZQUEZ se presenta al público madrileño, en la corrida de la Prensa

"En este día me lo juego todo"—dice el ganador de la Oreja de Oro en Méjico

FRENTE a la descortesía de los fenómenos, se agiganta la figura de este diestro que, afrontando toda la responsabilidad que supone torear la corrida de la Prensa, Antonio Velázquez, alegría sin par, juventud y torero de calidades elevadísimas, se presenta esta tarde en el coso madrileño para complacer a una afición y participar en una corrida que por benéfica es acogida todos los años con la natural expectación.

La corrida de la Oreja de Oro! Así encabezan los carteles y en la combinación el ganador del máximo trofeo taurino de Méjico, en lucha con los diestros Pepe Luis Vázquez, Cagancho, El Soldado, Procuna y Velázquez. Seis toros en una larga combinación de figuras, todos ellos triunfadores en la temporada azteca. Aquella tarde, de imborrable recuerdo para Antonio Velázquez, fué la consagración, el situarse a la altura de su arte y valor, tras una serie de triunfos por los Estados y la capital.

Hubo desbandada general para España. Los mejicanos embarcaron en cantidades insospechadas y Velázquez quedó en Méjico, porque se le había hablado de una jira artística en unión de El Soldado, Procuna y él. Pero hubo nostalgia, deseo de conocer España. ¡Y vino!

Agosto. El calor seco, pero de excesiva dureza, ha dejado desierto Madrid. Y en una mañana de mitad de mes hace su entrada Antonio Velázquez, el ganador de la Oreja de Oro. Se ha logrado su sueño, como simple turista, sin contratos de toros ni deseos de vestir el traje de lince. Su fin, único y exclusivo, era viajar por España. De la que tanto había oído hablar en las veladas familiares, junto a Antonio Bienvenida y Alarcón, hoy su apoderado. El nombre de la madre Patria había profundizado demasiado en él. Y la ilusión de este joven torero tuvo que esperar largamente, mientras llegaba la autorización para entrar.

Nos habló ayer de la impresión que le ha causado, principalmente Madrid.

—No me iría nunca. Me encanta; es algo desconocido... Simpatía, la forma de vivir... Todo es maravilloso.

Junto con el banderillero Checa, camina todas las mañanas. Es amigo de madrugar y su vida ordenada le permite estar siempre dispuesto a actuar por los ruedos. A pesar de que él vino para hacer turismo.

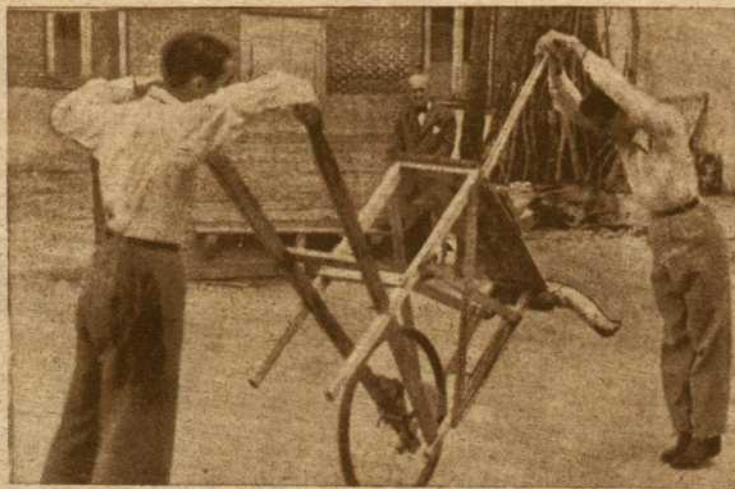
La corrida de la Prensa. Es motivo de hablar de este torero que va a presentarse ante el público madrileño, confirmando la alternativa que tomó en su país en enero de 1943.

MATADOR CON SEIS NOVILLADAS

—Con seis novilladas fui matador de toros — nos decía al preguntarle por su carrera artística.

—¿Y cómo fué la designación para tomar parte?

—Desde el jueves pasado, deshecha la combinación prepara la, fué requerido Antonio, mi gran amigo de los Bienvenida. No estaba en condiciones y esta temporada había pensado estar inactivo. Y surgió entonces mi nombre, que fué aceptado inmediatamente. Así es cómo



El diestro azteca, que hoy actúa en el ruedo madrileño, se adiestra con el toro improvisado

he logrado actuar en la corrida de tanto abolengo en la historia taurina de España.

—¿Sentiría inquietud en ese momento?

—Un sudor frío se apoderó de mí. No crea que por miedo a torear. Era el peso de la organización quien influía en mis nervios. Luego, todo ilusión, y el deseo de que Dios me acompañe, dándome suerte en este trance. Me juego todo... El porvenir de mi familia, la carrera taurina. Pero a los veintitrés años siento una esperanza, valor, alegría... Y volver a Méjico después de haber triunfado en la corrida de la Oreja de Oro.

Velázquez, padre de familia, recuerda en estos instantes a los suyos. Su «chamaco» y la esposa, con sus dieciocho años, esperan con emoción esta tarde decisiva para cuantos le rodean.

Y con bromas, en un lenguaje agradable, salpicado de dichos mejicanos, Antonio vive este instante en todo su esplendor. Da por bueno cuanto ha perdido al no aceptar las corridas que le ofrecieron. No tiene para él ya valor ni los 20.000 pesetas que le hubieran quedado en la jira pensada sobre la base de sus actuaciones. España, y finalmente Madrid, le han dado todo.

«Los últimos serán los primeros...», fué su final. Y yo espero que se cumpla el refrán castellano.

JOSE CARRASCO



Cuatro gestos del mejicano Antonio Velázquez, que hoy comienza la alternativa en la corrida de la Prensa (Fots. Manzano)

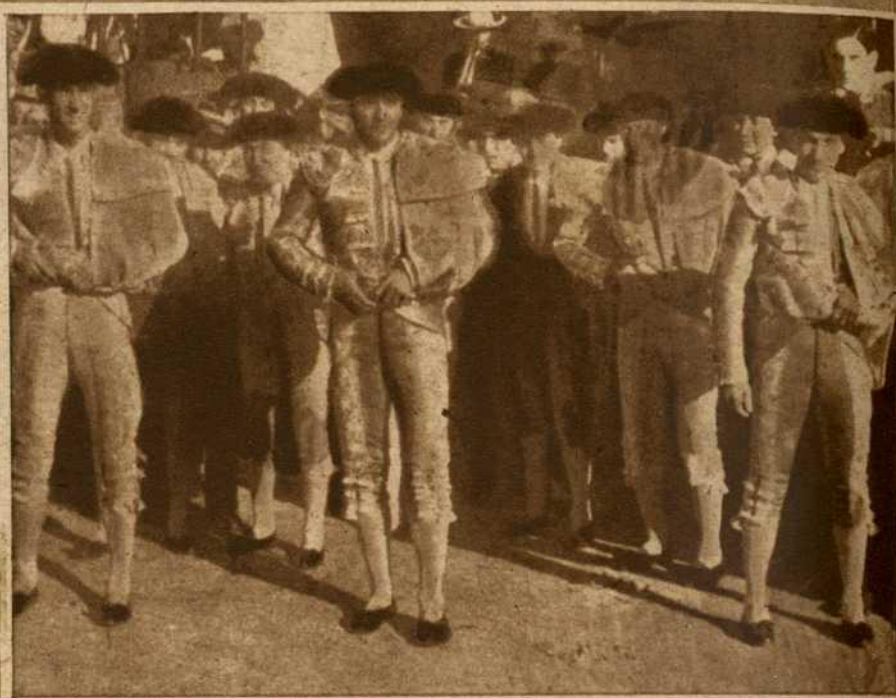
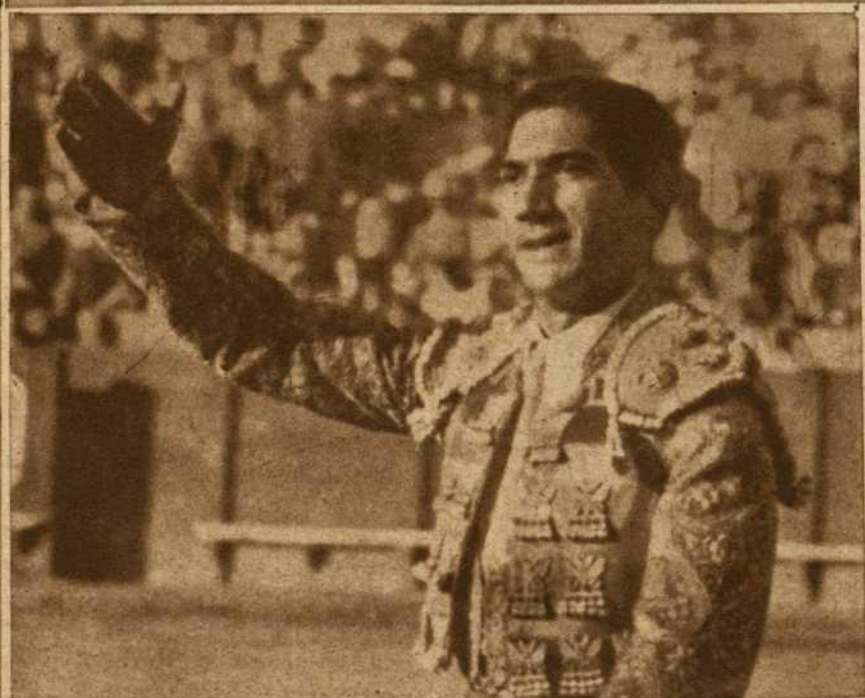
HOJA

MEZQUITA

DE FILO NUMERADO

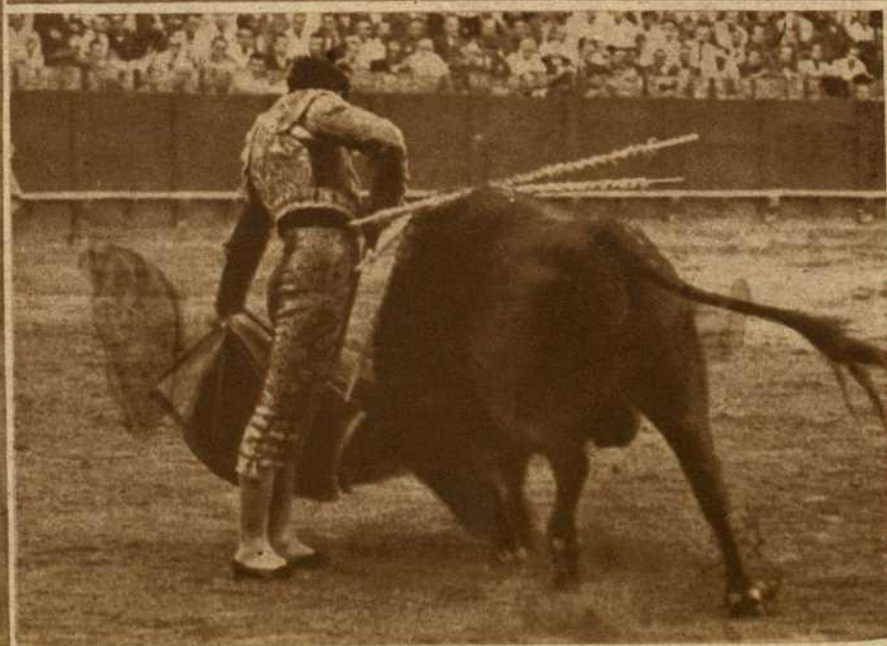
La corrida a beneficio de la Vejez del Toreo, en Sevilla

TOROS DE FELIPE BARTOLOME PARA GITANILLO DE TRIANA, ARRUZA Y MONTANI



Gitanillo, después del éxito logrado en la lidia de su primero, saluda al público.—Montani lanceando a su primero.—Un ajustado natural de Gitanillo de Triana.—Las cuadrillas en espera de hacer el paseo.—El general Queipo de Llano en una barrera, presenciando la corrida.—Gitanillo se luce al torear por naturales en su segundo toro

(Fotos Arenas)





ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

UNA FOTOGRAFIA CON DOS FENOMENOS

QUISO la casualidad que se juntasen en Córdoba las dos figuras más sobresalientes que seguramente ha habido en el toreo. No sabemos si es que Joselito y Limeño habían ido a la tierra del Gran Capitán para echar fuera una corrida, ó si pasaron por allí para asistir a un festival. Lo cierto es que el fotógrafo nos ha legado esta interesante placa, en la que los que en un tiempo formaron cuadrilla infantil aparecen junto al fenómeno cordobés vistiendo el traje corto y el sombrero ancho.

El Califa siempre había sentido grandes deseos de conocer a José; pero no podemos asegurar si cuando se tiró esta fotografía ya antes se habían visto. No es imprescindible saberlo, porque lo verdaderamente anecdótico de esta estampa no está ahí; está en el aire de primer espada que ha adoptado Guerrita. Parece que junto a José se sintiera con veinte años menos y deseos de pelea. Hay en su cara algo de retador y decisión que parece transformar e. Pudiera creerse que el Guerra está decidido — como si se viera ya de oro y azul, envuelto en el garboso capotillo de paseo — a dar el primer paso hacia la arena del ruedo, derecho a la Presidencia.

Algo de nostalgia le envuelve y le hace añorar sus momentos de lucha. Al verse junto al fenómeno de aquellos días, plenos de éxitos y en marcha hacia

el pináculo de gloria, aquel gran matador heredero de la gracia y de la sabiduría de Lagartijo, daría cualquier cosa por poder formar parte del cartel que parece ya formado y dispuesto para saltar al ruedo.

Mientras tanto, y al lado de la sabia madurez del de Córdoba, Gallito y Limeño parecen tener cara de alternativa. Pertenecen ambos a una época en que el tipo de los toreros ha evolucionado, se ha afinado. Ya les va envolviendo la figura un aire de señoritos. No son aquellos fuertes y musculosos de antaño, que parecían tallados en madera y a golpes de hacha. Y es que el estilo también ha cambiado y ya no va siendo necesario luchar a

brazo partido con los años y los kilos de la bestia brava. La habilidad ha sustituido a las facultades y los matadores se guían por su conocimiento — su intuición en muchos casos — para tumbar patas arriba

lo que les van largando por la puerta de toriles. Por eso ya tienen otras maneras y otro porte. Con su traje corto y ceñido, tocados del ancho sombrero cordobés, tienen algo de señorío andaluz. O hasta si queréis, aire de examinandos, ante la cátedra del cordobés.



CINCO TOREROS ESPAÑOLES A MÉJICO

"A Méjico no llevo ningún propósito; voy sencillamente a darlo todo", dice al marchar LUIS GÓMEZ



Luis Gómez, El Estudiante, hace balance de la temporada antes de partir para Méjico

LUIS Gómez, El Estudiante, se nos va para Méjico el día 8. En su marcha quizá quede prendido un retorno presentido sin clostros y sin pasillos. Quizá el Estudiante empiece a subir esos últimos peñaños de la despedida definitiva.

Se nos va Luis Gómez, buen hombre en la vida y gran torero en los ruedos. Hombre y torero, en carterá visión de caballería y dignidad taurina, en catorce años de alternativa, en un ir y venir continuo por los caminos del triunfo, de la alegría, de la amargura, que muchas veces se acrecentaron con la trágica verdad de unos pitones clavados en el pecho, muy cerca del corazón, valiente y arriesgado, del Estudiante.

—¿Cuándo es su marcha, Luis?
Al contestarme, sus palabras no reflejaron impaciencias:
—El día 8 embarcaré en Vigo, en el *Magallanes*.

—¿Toreará también en Lima y Colombia?
—Sí; además de las corridas que llevo contratadas para Méjico, tengo otras firmadas para algunas Plazas de Lima y Colombia. Posiblemente toreará en otras Plazas también; pero esto se irá arreglando según queden las cosas por aquellas tierras.

—¿Contento, Luis?
—Sería absurdo negarlo. A todos nos agrada pensar que otros piensan bien de nosotros, cuando quieren presentarnos ante otros públicos que saben muy poco de ese torero que marcha de su Patria para arriesgarlo todo.

—¿Propósitos?
—Siempre he estimado las realidades. Yo, a Méjico, no llevo ningún propósito; voy sencillamente a darlo todo.

—¿Cuántas corridas toreó usted en España?
—He cerrado mi temporada con 32 corridas, y he dejado de torear cinco o seis...

—He oído que en la próxima temporada piensa usted retirarse del toreo, ¿es cierto?
—Son muchos años los que llevo de matador de toros. Desde el año 1932 llevo en los ruedos.

—¿Sus palabras pueden ser una afirmación a mi pregunta?
—¿Y por qué no?
Hizo una ligera pausa, para decirme más tarde.

—La temporada próxima pienso retirarme de los toros. Será la temporada de mi despedida:
—¿Toreará muchas corridas?
—Sólo torearé quince corridas.

—¿Y después?
—Seré un espectador más en las Plazas, que es lo único que no he podido ser en mi vida.

Se une a nuestro grupo Manolo García Monasterio, apodadoro del Estudiante. Buen hombre en la vida y en el mundo de los toros.

Cuando me he despedido de ellos, he pensado en esa difícil asociación de torero y apodadoro, que viven la vida taurina, un poco al margen de todo, con su caballería y su corrección más exquisita.

Cuando ya me marchaba, me llamó El Estudiante, para decirme:
—Me gustaría despedirme de todos... decirles adiós a todos.

CRUZ ERNESTO FRANQUET

RAFAEL VEGA es ya muy conocido de la afición azteca



Preparativos del viaje: La esposa y los hijos de Gitanillo acompañan al diestro al hacer las maletas

VUELVE Gitanillo de Triana a preparar las maletas para dar el salto —el gran salto— sobre el Atlántico. Su fino estilo de torear gusta mucho en tierras de Méjico y por ello el gitano cuenta entre la afición azteca con grandes simpatías. Algara —empresario de la Plaza de El Toreo— lo ha entendido así y en su viaje a España buscó la firma de Rafael Vega de los Reyes.

Al verle hemos ido para darle la despedida. Y a desearle toda clase de triunfos por aquellos lares.

Anda preparando el equipaje, aunque no es el que se ha de llevar para la travesía. Hoy se marcha a Sevilla a actuar en una de las corridas de la feria de San Miguel. Sin embargo, como nosotros sabemos que, cuando vino de Méjico, se había dejado allí hasta los vestidos de torear, porque no llegaron a tiempo para la salida del barco, le gastamos una pequeña chufia:

—¿Ya liando los trastos? ¿O es que esta vez no quiere usted que la cosa quede por falta de tiempo?

Se sonríe. Acepta con resignación la broma. Y nos cuenta lo que ya les hemos contado. Que se va a Sevilla.

Pero como nosotros hemos venido aquí para hablar de su otro viaje —del largo y sobre el mar—, abordamos el tema:

—¿Por cuántas corridas va usted contratado?
—He firmado tres con la empresa de El Toreo y diez con las de otros Estados. Esto, claro está, en principio. Si luego se da bien la temporada, si hay suerte, puesto que ganas ya llevo yo las mías, se podrá ampliar el número.

—¿Quién se lleva usted en la cuadrilla?
—Van conmigo, Sevillanito y Chaves.

—¿Contento, claro está.
—¿Qué duda cabe! A mí me quieren allí. Guardo muy buenos recuerdos de mis actuaciones en Méjico y del trato con que la afición mejicana me ha distinguido.

Y como ya no queda nada que hablar, pues, iniciamos la despedida. Saludos, buenos deseos y un apretón de manos.

Ahíera suena la bocina de un coche con insistencia. Es el que le ha de llevar hasta la ciudad de la Giralda.

ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

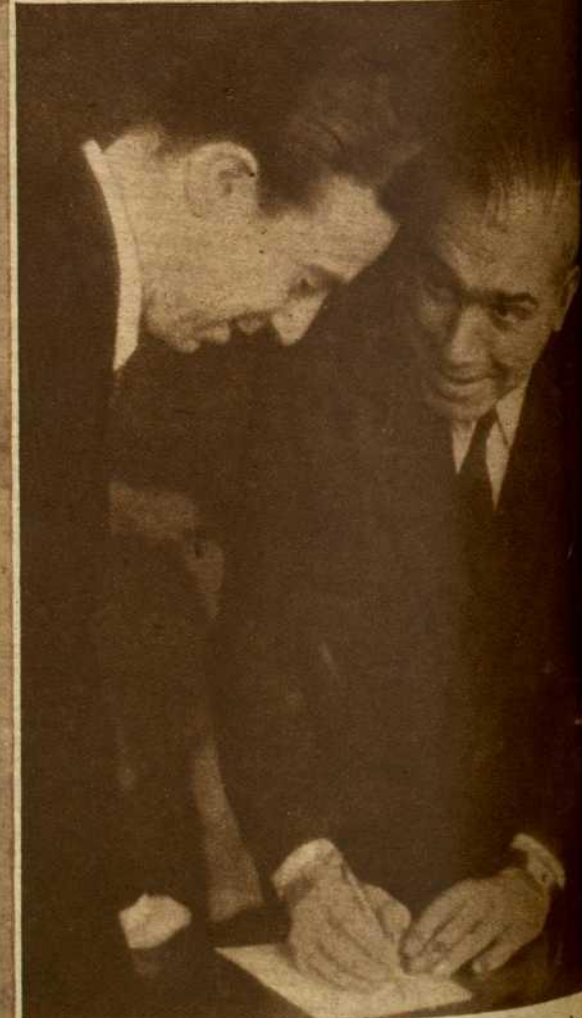
C. S. 150

EL DIESTRO DE SAN BERNARDO

PEPE Luis Vázquez hace su segundo viaje a Méjico. Fué el único torero español contratado por la Empresa de El Toreo antes de que diera fin la temporada pasada en tierras americanas. Fué, como es en España, el único torero que no precisaba cortar orejas para lograr éxitos, y que las cortó cuando se lo propuso.

Pepe Luis Vázquez ha cuajado en 1945 una campaña taurina mucho mejor que la del año anterior, por lo que a lo hecho en España se refiere. Lógicamente, la venidera actuación de Pepe Luis en Méjico superará en mucho a la que sirvió para colocarlo en lo más alto del escalafón taurino en aquel país americano.

El torero del barrio de San Bernardo no es amigo de hacer pronósticos. Piensa, como es natural, mantener su rango de primera figura, y, si es posible, incrementar su crédito de lidiador excepcional. Sabe que en la temporada venidera la lucha taurina en Méjico estará erizada de dificultades por la calidad de los toreros españoles que van a torear a tierras americanas y por el natural deseo de superación que han de tener los mejicanos; pero Pepe Luis, mejor colocado que



Pepe Luis Vázquez dicta unos encargos a su mozo de estoques, en los días de preparativos para el viaje

EL ESTUDIANTE, GITANILLO DE TRIANA, PEPE LUIS VAZQUEZ, MANOLO ESCUDERO y PEPIN MARTIN VAZQUEZ van a actuar en El Toreo

HACE SU SEGUNDA TRAVESIA

hace un año, y más seguro de sí mismo, va dispuesto a sostener brillantemente la competencia artística con todos los matadores de toros que alternen con él.

Los propósitos del sevillano son firmes y claros. Quiere seguir siendo un ídolo de los aficionados mejicanos, y no se le oculta que, para conseguirlo, ha de poner de su parte, además de mucha voluntad y deseos de arrancar aplausos, cuanto sabe y puede. Y nada más. Pepe Luis no quiere hacer predicciones, porque está convencido de que casi todo lo que sucede en el ruedo depende de las condiciones del toro que se está lidiando. Si la res es buena, el torero logrará lucimiento con relativa facilidad, o conseguirá un éxito magnífico, si magnífica es su clase, y si la res es mala, rara vez logrará entusiasmar al público. Es difícil predecir en lo relacionado con la fiesta taurina.

Pepe Luis Vázquez va contento a Méjico. Dejó allí muchos y muy buenos amigos, a los que ya desea volver a ver. Dejó también muchos admiradores, y ha de cumplir la promesa, que al marcharse le hizo, de volver, con renovados bríos, a dar muestras de la calidad de su arte.



El diestro de San Bernardo examina los estoques que llevará a Méjico, para su segunda campaña

Veintiuna corridas lleva contratadas el torero del barrio de Embajadores



Manolo Escudero, el primero de los toreros españoles que ha emprendido la marcha, haciendo las maletas

POR fin va a realizar Manolo Escudero, este fino torero madrileño, su sueño: ¡Méjico! Allí va con la ilusión del que empieza y con el deseo de triunfar, como si de esta campaña por el Extranjero dependiera el situarse.

Así es el toreo de España. Sin fronteras ni ambiciones económicas. Y el muchacho de Embajadores, que nos asombró una tarde y ella le bastó para llegar hasta lugares insospechados, es hoy uno de los seis contratados para El Toreo, cátedra de Méjico, que no todos pueden llegar a ella si no se ha logrado triunfar.

En la víspera de la despedida para Lisboa, aonde ocupará una de las plazas del «Clipper», Escudero relataba sus ilusiones, principios y fines artísticos de esta campaña, que se prolongará hasta finales de marzo.

Hasta esta fecha, final de sus compromisos, Escudero actuará por los Estados y la capital.

—¿Muchas corridas, Manolo?—le preguntamos.

—Llevo cinco en El Toreo y dieciséis por los Estados de Méjico. Suman en total veintiuna, que supone un éxito económico. Ahora deseo el artístico, por el que lucho ya hace tiempo sin gran fortuna. Primero, por las cogidas, que en estos dos últimos años me hicieron perder gran número de corridas.

—Pero, ¿no se habló de una intervención quirúrgica para ahora?

—He visitado en San Sebastián al doctor que llevó a cabo mi operación. Me encontró magnífico, y, por mantenerme al margen de percances, he perdido doce corridas en los últimos instantes de la temporada. Pocas he toreado, debido a que en plena campaña, tras un éxito muy importante en Barcelona, ingresé en el Sanatorio. Y así vi deslizarse las fechas en que debía actuar. Pero marché optimista, con mayor ambición artística que el que más y con la esperanza de poder corresponder a quien ha visto en mi toreo uno de los pilares para su campaña de organizador.

—¿Para ti esto es nuevo?

—Es el fin que todos perseguimos. Triunfar donde sea y en lucha contra todos los elementos: público, toros, expectación creada ante el anuncio de nuestra llegada... Voy con mucha ilusión y consciente de la responsabilidad que contraigo. Primero, defender el pabellón taurino de España, y después, por lograr de nuevo el puesto que estoy decidido a conquistar.

Con Armillita y su esposa ha marchado. Un viaje rápido, con el tiempo suficiente para entrenarse y presentarse en El Toreo, fuerte, después de estar en el campo mejicano un mes. En la finca del «coloso» mejicano se someterá a una vida de reposo y entrenamiento con las vaquillas.

—Y si el sueño se hace realidad —nos dijo al despedirse con un cariñoso saludo para la afición de España—, continuar la próxima temporada en España al ritmo que había empezado.

J. C.

PEPIN tiene grandes deseos de actuar ante el público mejicano



Pepin Martín Vázquez, en su domicilio de Madrid, cuida de llevarse aquello que le será preciso en su excursión taurina (Fotos Manzano)

CUANDO entramos en el cuarto del hotel donde se encuentra Pepin Martín Vázquez, le encontramos lavándose los dientes. Acaba de llegar de Sevilla, en donde ha echado fuera otra corrida más en la larga serie que ha toreado esta temporada. Cincuenta y nueve han sido hasta la fecha, y aún le quedan dos más. Muchas son, pero aún no acaba aquí la cuenta, ya que, firmadas, ha tenido que rechazar veinte por falta de tiempo, pues dichas corridas requerían largos desplazamientos. Añadamos a esto otras cuatro perdidas por accidentes ajenos a su voluntad, y podrá darse el lector exacta cuenta del cartel que este torero goza en las Plazas de toda España.

Nos sonríe con su pícaro cara de chichuelo al hacer nuestra entrada, y en seguida pegamos la hebra:

—Voy por cinco corridas a la Plaza de El Toreo

—contesta a nuestra pregunta— y otras más por los Estados. Yo soy el último, de los que vamos para allá, que hará su presentación ante el público mejicano, porque salgo de aquí más tarde. Aún me quedan dos corridas por torear, y luego me tomaré un descanso, que buenas ganas tengo. Seguramente debutaré allí el último domingo de noviembre.

—¿Muchas ganas de llegar?

—Pues sí. Porque espero que guste mi toreo a los aficionados mejicanos. Ya Algara aseguró que mi estilo tendría entre aquel público una gran acogida, y yo voy dispuesto a que no marre ni un ápice en su profecía. Un poco de suerte, y lo demás ya me encargará yo de hacerlo.

—¿Quiénes lleva usted en la cuadrilla?

—Van Rubichi de banderillero y Pepe Díaz de picador. Además, claro es, de mi mozo de espadas, Valdívieso.

Nos asombra ver con la tranquilidad que habla este muchachito de su viaje a Méjico. A matar allí todos los toros que le echen, como si se tratase de un juego, que, al fin y al cabo, cuadraría mejor con sus pocos años.

Sin embargo, no hay más que volver un poco la vista atrás para convencerse de que tiene sus motivos. Sesenta y una corridas toreada esta temporada. Y ciento veintidós toros, por lo menos, ha puesto patas arriba.—C. M.

¡MIL QUINIENTAS!...

REPARACIONES EN CAMIONES Y TURISMOS DURANTE EL PRESENTE AÑO ATESTIGUAN LA CALIDAD DEL TRABAJO DE NUESTROS TALLERES

SEIDA, S. A.-Espronceda, n.º 36

LOS AMIGOS DE LOS TOREROS

Por NATALIO RIVAS (De la Real Academia de la Historia)



José Gómez, Gallito

LA vida íntima de los lidiadores, cuando están en plena actividad profesional, despierta una incitante y atrayente curiosidad, porque está sembrada de episodios asaz interesantes.

Recuerdo que allá en mis años mozos disfruté de una popularidad tan intensa como fugaz y transitoria el escritor naturalista Eduardo López Bago, que con cierto envanecimiento decía ser el primer importador en nuestro país de la escuela de Emilio Zola, tan en auge en aquellos tiempos. Publicó varias novelas, que titulaba médico sociales, en un estilo tan crudo que rayaba en pornográfico, y de conceptos tan audaces que fué perseguido de oficio ante los Tribunales, aunque no se puede negar que fué absuelto por el Tribunal Supremo.

Uno de los estudios que quiso hacer fué el de las andanzas de los grandes espadas en la época de su mayor actuación, para lo cual, previo consentimiento del interesado, acompañó a una de las más renombradas ferias al torero que a la sazón gozaba de más nombradía. Producto

de aquella expedición fué un libro en el que, disfrazando los nombres, aunque sustituyéndolos por otros que daban a entender bien a las claras cuáles eran los verdaderos, relataba un encuentro galante, del que había sido protagonista el famoso torero. La escena, tal como la refiere, carece de los velos con que deben cubrirse determinadas desnudeces y de la habilidad indispensable para desarrollar tema tan espinoso, que demanda el empleo de frases que reclaman la honestidad y la más elemental prudencia. Y es que las dificultades que ofrece semejante intento no se pueden salvar más que con un ingenio tan agudo que son contadísimos los que lo poseen. No basta el dominio del idioma, que López Bago manejaba con perfecta corrección, para salir victorioso en empresa tan arriesgada.

No es mi propósito tratar de asuntos tan vedados, porque mi modo de ser habitual rechaza el penetrar en la vida privada; pero si, lo que no sucede, me acuciara la tentación de hacerlo, me faltarían medios de expresión adecuados para realizarlo en la forma decorosa y decente que requiere empeño de índole tan compleja. Por ambas razones no emprendo ese camino y paso a ocuparme exclusivamente de la maléfica influencia que siempre han ejercido en el camino de los ases de la torería ciertos amigos de ellos, tan indiscretos como oficiosos.

Los que quieren conocer el episodio que indico pueden darse el gusto de consultar el libro que, aunque muy agotado, no será imposible encontrarlo. Se titula "Luis Martínez, el espada".

La afición a los toros, que viene cautivando mi gusto desde hace más de sesenta años, me ha ofrecido multitud de ocasiones en las cuales he podido observar hasta dónde suele ser nociva la oficiosidad de los que, haciendo alarde de íntimo afecto con determinado diestro llegado a las cumbres de la fama, se constituyen en tutores suyos empujándoles no a competiciones nobles y lícitas, sino a rencorosas rivalidades que matan el compañerismo compatible con la emulación.

Voy a citar un caso que fué vivido por mí, reservando los nombres de los malos consejeros.

Era, y es ahora más que entonces, el conde de los Andes, persona de mi más entrañable cariño, uno de los predilectos amigos del inolvidable Joselito, y yo de los más íntimos de Belmonte, al que profeso paternal inclinación. El conde de los Andes, noble, caballero y generoso, apreciaba, y yo compartía su criterio, que los lidiadores deben mantener un trato cordial, sin perjuicio de sostener en la Plaza el afán legítimo de averiguar al compañero.

La competencia no sólo es legítima, sino necesaria, porque ello da lugar a que los que compiten perfeccionen su trabajo y el público quede satisfecho y mejor servido. Lo que no puede holgar a ningún espíritu medianamente educado es que la rivalidad pundonorosa, que ennoblesce a los contendientes, degenera en pugna áspera y avillanada que trascienda a la relación personal y engendre odios y maquiéverencias.

Así opinábamos, y lo mismo él que yo enderezábamos a ese fin la influencia que nos otorgaba la amistad que nos unía a cada uno de los dos afamados matadores. Pero no todos procedían igualmente. La mayoría les aconsejaban en sentido contrario y dedicaban sus afanes, dignos de mejor empleo, a la ingrata tarea de envenenar a los dos jóvenes diestros. Y lo más grave fué que lo lograron, aunque, afortunadamente, por una breve temporada.

Como de ello no he conservado apuntes, acaso cometa error de fecha; pero en lo que tengo absoluta fijeza es en la realidad de los hechos.

Debió de ocurrir —repito que es posible que me equivoque— en el mes de junio de uno de los dos años 1914 ó 1915.

Celebraba el Corpus dos o tres días antes de tener lugar las corridas de la feria de Algeciras. Habíamos acompañado a Juan Belmonte a Granada varios amigos, entre los cuales recuerdo a Fernando Gillis y Luis de Tapia, para verle torear en la data referida, y seguidamente emprendimos el viaje a Algeciras, donde también había de torear el trianero y Joselito.

Al llegar a la estación de Bobadilla, enlace de los trenes de Granada y Córdoba, coincidimos con Joselito, que, en compañía del conde de los Andes, procedentes de Sevilla, marchaban en la misma dirección que nosotros.

En aquella sazón, la labor insidiosa y maléfica de algunos amigos de ambos espadas había rendido fruto tan desgraciadamente efectivo, que los muchachos hubieron de llegar hasta no cambiar el saludo. Como dicha tirantez era bien conocida, en Algeciras esperaba el numeroso público —que en su mayoría desea con avidez la tragedia— que en el ruedo llegaran los dos toreros, encendidos por la rivalidad, a cometer los más graves peligros.

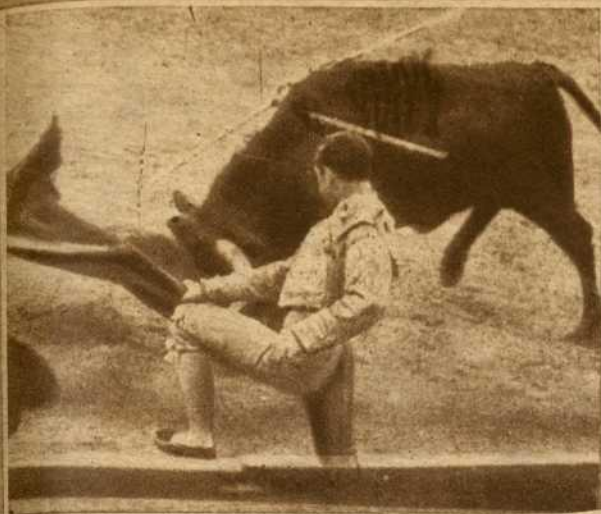
El grupo Belmonte nos acomodamos en un departamento, y en otro, del mismo vagón, Joselito y sus acompañantes. A poco de arrancar el tren, nos reunimos el conde de los Andes y yo, y acordamos poner al habla a los dos contendientes; cosa fácil, porque ninguno había recibido ofensa del otro. Aquel estado de aparente disgusto era el producto de la imprudente y nada piadosa obra

de los que se dedicaban a sobreviantarles hiriéndoles el amor propio. Y dicho y hecho. El conde buscó a José y yo a Juan, les pusimos en relación e improvisamos una partida de gilei, juego muy propio de toreros y aficionados. Recuerdo que la compusimos Joselito, Belmonte, Gillis, Tapia, el picador Camero y el que escribe estas líneas. La más franca y noble hermandad respaldó en todo el viaje. Llegamos a Algeciras, y en la estación la concurrencia era tan enorme que nunca la he visto igual en aquella ciudad. Los partidarios de los dos ases taurinos esperaban, sin duda, que sus ídolos vendrían separados y dispuestos a desaforada pelea, y cuando les vieron que llegaban reunidos jugando y en la mejor armonía, el desengaño fué tremendo, y supe después, por amigos míos, que cuando se enteraron de que Andes y yo habíamos sido los autores de la reconciliación, nos maldicían a grito herido.

Desde entonces, hasta la desgraciada muerte del gran lidiador, fueron verdaderos amigos, sin perjuicio de procurar cada uno el triunfo en el redondeo.



Juan Belmonte



Manolo Navarro trastea al bicho para fijarlo a fin de lograr faena



Toscano tira del bicho para lograr un buen pase en redondo



Tacho Campos toreando de frente por detrás al novillo que salió en tercer lugar



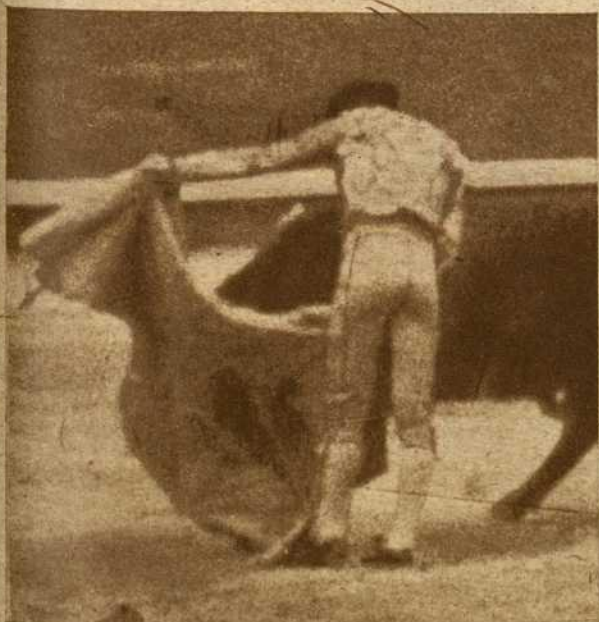
Tacho Campos en un adorno con la capa al bicho que lidió en primer lugar

EL LUNES, EN MADRID

ANTONIO TOSCANO, MANUEL NAVARRO, TACHO CAMPOS, FRANCISCO RODRIGUEZ



Paco Rodriguez, que debuyó con éxito en Madrid, en una larga al primer bicho



El diestro Manolo Navarro en un lance, en la novillada del lunes



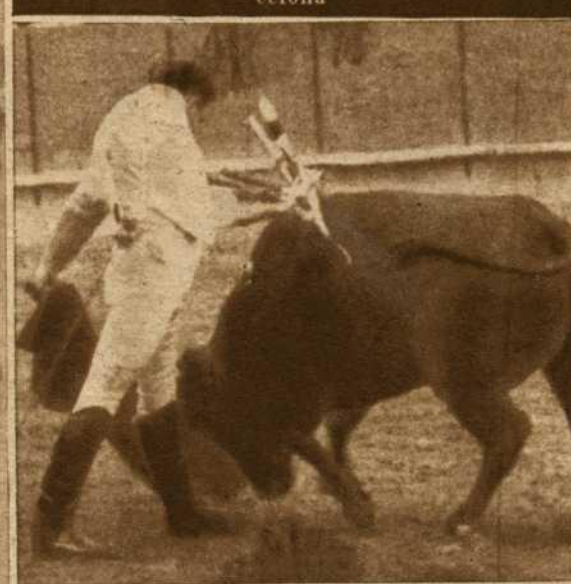
El debutante da la vuelta al ruedo, mostrando la oreja que cortó al último novillo



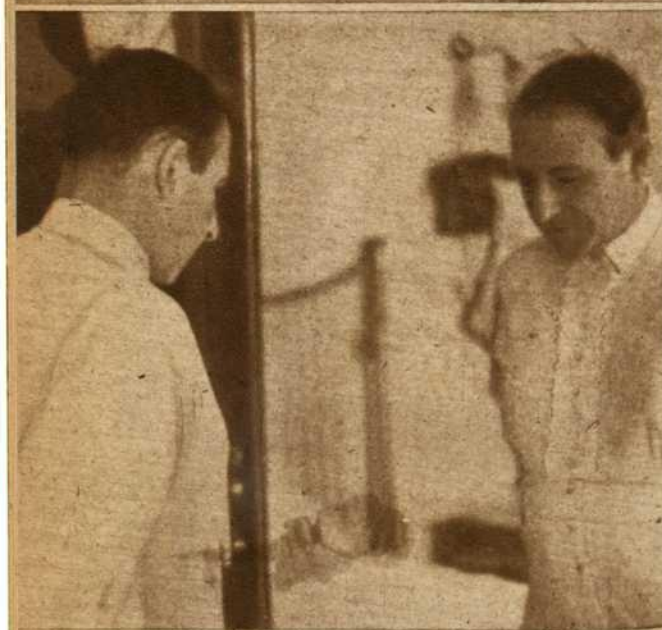
Rodriguez liga un pase de pecho en el curso de la faena de muleta (Fotos Baldomero)



Domecq prepara la jaca, buscando la embesida del novillo, en la última corrida de Barcelona



El rejoneador portugués Simao da Veiga en la Jaena de muleta al bicho que lidió en la feria de la Merced



SIMAO DA VEIGA Y ALVARO DOMEQ EN LA FERIA DE BARCELONA



Alvaro Domecq y Simao da Veiga inician el paseo al frente del grupo. Abajo: En espera de hacer el despeje de cuadrillas. (Fotos Valls)





El toro Caramelo

(Dibujo de Enrique Segura)



Toreros célebres: Blas Méliz, Minuto o Blayé
(Dibujo de Enrique Segura)